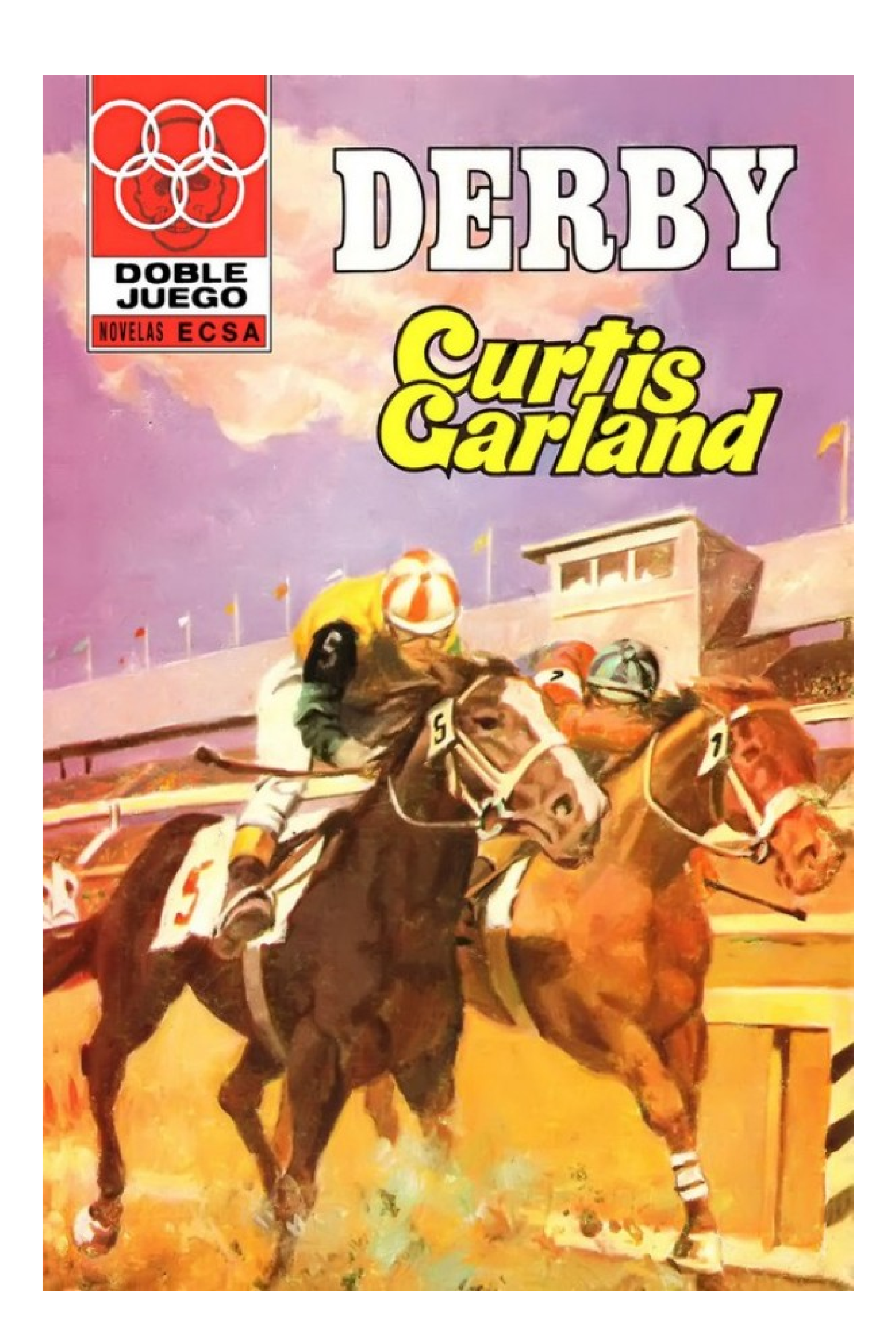
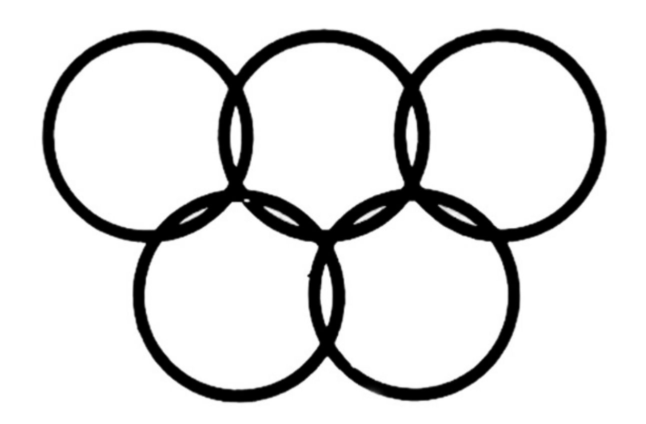

DOBLE
JUEGO
NOVELAS ECSA
DERBY
Curtis
Garland



COLECCION DOBLE JUEGO

ECSA

CURTIS GARLAND

D E R B Y

Colección
DOBLE JUEGO n.º 4
Publicación semanal

EDICIONES CERES, S. A.
AGRAMUNT, 8 - BARCELONA (23)

ISBN 84-7518-048-5
Depósito legal: B. 10.928-1982

Impreso en España - Printed in Spain

1.ª edición: abril, 1982

Esta edición es propiedad de
EDICIONES CERES, S. A.
Agramunt, 8
Barcelona - 23

Impreso en los Talleres Gráficos de EBSA
Parets del Vallès (N-152, Km 21.650) Barcelona - 1982

CAPÍTULO PRIMERO

—... En estos momentos, señoras y señores, inician la recta final «Thunderball», «Silver Arrow» y «Centella», por este orden. Va muy fuerte «Thunderball» y no parece fácil desbancarle. «Centella» ha perdido más de un largo en la curva, en beneficio de «Silver Arrow», que entró por el interior, rebasándole, muy pegado a la valla. Los últimos metros de este Derby, señores, prometen ser de lo más emocionante que nos ha sido dado presenciar en Epsom en los últimos años.

Los *jockeys*, erguidos, virtualmente en pie sobre los estribos para no lastrar a sus monturas, mantenían la mirada fija ante ellos, en la meta cercana. En sus manos, los látigos aguardaban el instante supremo del *sprint* final, para azuzar a los animales en el esfuerzo postrero y definitivo que resolviese la cañera.

Los graderíos de Epsom hervían de excitación. La colorista multitud, con su gran abundancia de chaqués impecables y de últimos modelos femeninos de temporada, a medias entre la primavera que se iba y el verano que estaba al caer, formaba una compacta piña por doquier, especialmente en las tribunas del hipódromo, agitándose con la marcha vertiginosa de los tres favoritos que encabezaban la marcha. Muy distante ya de ellos, el pelotón, estirado, doblaba la curva, sin posibilidad material alguna de alcanzar a los tres de cabeza. El suelo temblaba bajo los cascos de los hermosos ejemplares equinos.

Incluso en el palco de honor, la reina aplicaba sus prismáticos para seguir al detalle los incidentes de aquel duelo final, realmente titánico, en el que se jugaba el prestigio, la gran copa de trofeo, y los miles de libras que irían a parar a manos de la cuadra propietaria del ganador. A su lado, el duque también seguía con profundo interés aquel apretado esfuerzo decisivo de caballos y jinetes. Las apuestas de los *bookmakers* se cruzaban febrilmente, a la vista de los acontecimientos, pendientes ya de un simple hilo las posibilidades de los apostadores que habían depositado su confianza

en cualquiera de los tres caballos lanzados en pos de la victoria final.

Por los altavoces del hipódromo, la voz de *speaker* retumbaba, prestándole todavía mayor emoción si cabía al lance definitivo del Derby:

—¡Y al fin, señores, estamos en los últimos y emocionantes segundos de esta fantástica carrera en la que tres caballos excepcionales se juegan el ser o no ser de su futuro! Los hay como «Silver Arrow», ese mítico corcel de los colores de los Haversham, la leyenda galopante de Dartmoor, como se le ha venido en llamar durante años, ya demasiado veterano para confiar en que prolongue en el futuro sus gestas increíbles por los hipódromos británicos. Y recién llegados, como el soberbio «Thunderball», capaz de sobrepasar, incluso, las hazañas de su competidor actual en la lucha por el título… ¡Es maravilloso! De nuevo «Centella» pugna por sacarle a «Silver Arrow», mientras «Thunderball», seguro de sí, montado soberbiamente por el legendario Paul Montague, se mantiene en cabeza, implacable, ya con la meta a la vista… Parece sentenciado el final de esta emocionante prueba, señores, con la victoria casi inevitable de «Thunderball» y la batalla épica de sus dos antagonistas por alcanzar el segundo puesto… Pero ¿qué es lo que ocurre ahora? ¿Qué increíble sorpresa nos depara aún esta tarde, señores, a la vista de lo que está sucediendo en esa recta final, a escasas yardas ya de la meta? ¡En el tramo decisivo de la carrera! ¡«Thunderball» parece desorientado, «Thunderball» vacila, acorta el galope, su jinete le golpea con la fusta desesperadamente, pero ni a punta de látigo le es posible enmendar a su caballo y forzarle al máximo en el tramo decisivo de la carrera! ¡«Thunderball» parece desorientado, se agita… y se para virtualmente, con los otros dos caballos casi encima de él! ¡Vean, vean, señores, lo increíble, lo que nadie aquí hubiera podido soñar hace siquiera diez segundos! ¡El *jockey* de «Silver Arrow» se ha dado cuenta de lo que ocurre y fuerza a tope a «Silver Arrow», que saca fuerzas y, a punta de látigo, soberbiamente montado, sobrepasa ya por más de un largo a su directo rival, «Centella», y está dando alcance a «Thunderball»! ¡Le alcanza! ¡Le alcanza! ¡Le alcanza… y le pasa! ¡Le sobrepasa, señoras y señores, por casi una cabeza! ¡El favorito parece reaccionar ahora y reemprende la carrera, pero ya

es tarde! ¡Es tarde, sí! ¡«Silver Arrow» cobra ventaja de medio largo... y entra en la meta, señores, con esa ventaja sobre «Thunderball», pese al esfuerzo final de este! ¡Ni siquiera hace falta la fotografía para comprobar que el veterano, el legendario «Silver Arrow» ha batido por muy poco a su gran rival, justo segundos antes de llegar a la línea de meta! ¡Las apuestas, señores, esperamos que se paguen muy bien, porque pese a su historial, nadie daba hoy un penique por el triunfo de «Silver Arrow»...!

El hipódromo era un clamor hacia el caballo y el jinete triunfadores. En olor de multitud se inició la marcha hacia el pesaje y la entrega de trofeo y dinero. El *jockey* sonreía, triunfante.

Y un Silas Haversham pálido pero radiante, patético pero triunfal, corría emocionado hacia su caballo, más feliz que nunca, porque de aquel triunfo, ni más ni menos, había dependido esa tarde de Derby en Epsom el futuro de su cuadra, de su familia y de sí mismo...

Lo había apostado todo a su caballo. Lo poco que le quedaba. De haber fallado «Silver Arrow», que no partía favorito ni mucho menos, hubiera significado la ruina. El fin.

La ruina...

El fin...

Entonces, Silas Haversham despertó de su sueño.

Se incorporó en el lecho, sudoroso y agitado. Su rostro aún lucía la sonrisa triunfal de su sueño. Poco a poco, esa sonrisa se borró de sus labios. Una profunda y amarga sombra de desesperación nubló su semblante, poco antes feliz.

—Un sueño... —jadeó—. Dios mío, solo fue un sueño. Y parecía tan real...

Sí. Había parecido muy real. Tal vez demasiado. Durante unos segundos, revivió las emociones de aquel último Derby. Pero había sido un simple sueño.

Porque en la realidad, nada de eso había ocurrido. El desenlace fue muy otro. El favorito, «Thunderball», jamás vaciló ni se frenó en la recta final. Ganó por más de dos largos de ventaja a «Centella» y a «Silver Arrow». Ni siquiera llegó a colocarse su caballo. Perdió el segundo puesto en una reacción desesperada de «Centella», que le sobrepasó por una cabeza, justo sobre la meta.

Eso era lo que había sucedido entonces, tres años atrás.

Lo de ahora, la realidad cruda y desnuda, era esto: la ruina. El fin de la cuadra de los Haversham...

* * *

—Lo siento, Silas. No pude hacer nada por evitarlo.

Silas Haversham miró tristemente a su abogado. Este cerraba su portafolio con gesto ensombrecido. Tras una pausa difícil, Haversham murmuró:

—¿Cuándo será?

—Esta tarde o mañana, Silas. No se pudo demorar más. A fin de cuentas, eso importa poco. No pudiendo frenar el procedimiento legal, ¿qué más da que se lleven tus caballos hoy o dentro de una semana?

—Sí, ¿qué más da ya? —se encogió de hombros—. Pero hubiera querido despedirme de ellos con más calma. Sobre todo, de «Silver Arrow». ¿Qué va a ser ahora de él?

—No lo sé. Es viejo para correr. Ya no ganaría a nadie, y tú lo sabes —le respondió el abogado—. Seguramente lo utilizarán para alguna película, o para hacer un reportaje con él en la televisión, cosas así. No van a sacrificarlo, si es eso lo que temes. A fin de cuentas, tus acreedores poseen también cuadras y caballos...

—Alejarle de aquí será como matarle un poco. «Silver Arrow» está hecho a mí, a mis cuidados, a este lugar... Su vejez merecía haberla pasado aquí, ¿no crees?

—Fue culpa tuya, Silas. ¿Por qué confiar tan ciegamente en él cuando ya era veterano para competir con otros caballos más jóvenes y rápidos? ¿Por qué apostarlo todo a una sola carta?

—Yo confiaba ese día en él. Creí que ganaría. Estuvo a punto de lograrlo...

—Solo a punto. Un milagro pudo haberlo permitido. Pero no se dan milagros en los hipódromos, Silas. No es el sitio adecuado.

—Yo a veces sueño que ese milagro se produce... que las cosas fueron distintas.

—Pero no lo fueron, esa es la realidad. Apostar todo tu dinero a «Silver Arrow» fue un error.

—Después de todo, me quedaba poco. Estaba ya enfermo, me habían fallado los negocios y las inversiones... Quise jugar fuerte.

Todo o nada.

—Y quedó en nada —miró tristemente a su cliente y amigo de tantos años—. Bien, Silas, si puedo hacer algo por ti…

—Gracias. Nadie puede hacerlo.

—Podría pedir a tus acreedores que tuvieran un rasgo, que «Silver Arrow» se quedara contigo estos últimos años y…

—No —cortó Haversham con energía—. Nada de favores.

—El orgullo de la familia, ¿no?

—Es posible.

—El orgullo sirve de poco cuando no se puede respaldar con medios adecuados, Silas.

—El dinero se tiene o no. Se gana o se pierde —sostuvo con altivez el viejo Haversham—. El orgullo, no. Me has ofrecido ayuda de diversos modos, lo sé. Y te lo agradezco. Pero un Haversham no acepta dinero ni favores. Nada de limosnas, créeme. Es mejor así.

—Como quieras —se dirigió a la salida—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—No lo sé. Mi primo Desmond ha prometido venir a pasar unos días conmigo, aquí en la finca. Será mejor que lo haga ahora, mientras vence la hipoteca. Dentro de poco menos de un año, no solo habré perdido las cuadras, sino también esta casa, tú lo sabes.

—Quedan aún casi nueve meses de plazo. ¿Crees que no podrás reunir ese dinero en todo ese tiempo, y salvar la casa al menos?

—Estás loco si crees eso —rio amargamente Silas Haversham, sacudiendo su canosa, leonina cabeza—. ¿Crees que puedo reunir veinte mil libras en nueve meses, cuando debo más del cuádruple de esa suma y no ingreso más que la pequeña pensión que mi seguro vitalicio me permite disfrutar ahora, al haber cumplido los sesenta y cinco años?

—Supongo que es difícil, sí —admitió el abogado, moviendo la cabeza con aire penoso—. Hasta otro día, Silas. Llámame si se te ocurre algo.

—Lo haré, descuida.

El abogado salió al exterior. En torno a la finca, se extendían los verdes prados, el cercano recinto para pruebas de velocidad, los establos… Todo lo que los Haversham iban a perder para siempre en uno pocos meses.

Se cruzó el abogado con el repartidor de telegramas que venía

en su bicicleta, por el serpenteante sendero que conducía al pueblo. El muchacho uniformado le saludó cortés, siguiendo hacia la casa. Llamó a la puerta, sacando de su bolsa de cuero un despacho telegráfico.

La puerta se abrió. Silas apareció en el umbral. Habían pasado los tiempos en que disponía de servicio doméstico para esa y otras cosas. Ahora, se tenía que conformar con una mujer que venía dos veces a la semana a limpiar la casa y poner orden en todo.

—¿Señor Silas Haversham? —preguntó el mozo.

—Yo mismo, sí.

—Telegrama para usted.

Haversham arrugó el ceño. Firmó el recibo y tendió una moneda al muchacho, que se alejó silbando, en dirección a su bicicleta, apoyada en un árbol junto a las cercas de la finca.

Hacía tiempo que solo esperaba malas noticias. Un telegrama no podía significar nada bueno, pensó con cierta amargura. Entró en la casa y rasgó el sobre, extrayendo el papel doblado.

Se acercó a una ventana y se puso sus gafas. Ya no veía demasiado bien.

Leyó el texto, asombrado:

Llego próximo martes vía aérea a Londres. Abrazos. Tu sobrina,

Jennie.

—¡Jennie! —exclamó, asombrado—. Pero si está en...

Miró los datos del telegrama para confirmarlo. Era un despacho vía internacional. Su lugar de origen era Sídney, en Australia.

—Jennie viene... —musitó, temblándole la mano de emoción—. Dios mío, pobre muchacha, lo que va a encontrarse aquí... ¡Qué poco se imagina ella, tan amante siempre de los caballos en su infancia, que ahora...!

Dolorosamente, contempló las cuadras desde la ventana. Aquellos recintos donde ya solo quedaban cuatro caballos, de los veinte que llegara a tener la casa Haversham. Y de los cuatro, uno era el fantástico y querido «Silver Arrow», el caballo demasiado viejo para ganar, e incluso para correr...

—Si al menos cuando ella llegara estuviesen ahí esos caballos, si

todo pareciese normal en apariencia... Ella no puede quedarse aquí mucho tiempo. Tiene trabajo en Australia, su vida organizada allí...

Miró el teléfono. Luchó con su orgullo de siempre. No le gustaba pedir favores no quería agradecer a nadie nada ni rebajarse ante persona alguna. Pero esto era distinto. No veía a Jennie desde que ella se fuera con sus padres a Australia, siete años atrás. Entonces era casi una niña. Ahora estaría rozando los veinte años. Toda una mujercita. ¿Qué sensación experimentaría al llegar y ver vacías las cuadras, desiertos los establos, silencioso el recinto de pruebas?

Tomó una decisión. Descolgó el teléfono. Hizo una llamada que le costaba jirones de su propio ser.

Al colgar, lo había conseguido. Sus acreedores accedían a aplazar durante una semana la retirada de los caballos, a cambio de que en el lote embargado figurase un potrillo, hijo de «Silver Arrow», que era lo único que había querido conservar para el futuro. Pero ahora, ¿qué importaba ya eso, viniendo Jennie por unos días? ¿Qué importaba nada, si cuando ella se marchase de nuevo a la lejana Australia, su vida ya no tendría el menor objeto?

CAPÍTULO II

Realmente, Jennie parecía otra.

Siete años pueden cambiar mucho a una jovencita, cuando no se la ve desde los doce o trece: De una niña adolescente, pasa a ser una mujer de cuerpo entero.

Ese era el caso de su sobrina. Jennie era ahora una muchacha trigueña, de ojos verdes y naricilla breve, de labios carnosos y suave óvalo facial, de espléndida figura y llamativas formas juveniles. El aire de Heathrow jugueteaba con sus cabellos color miel cuando descendió del avión y se aproximó por la pista de aterrizaje hacia el edificio del aeropuerto.

—¡Mi querido tío Silas! —exclamó, radiante, abrazándose a su familiar como podía hacerlo en el pasado, siendo una niña—. ¡Lo que he soñado con este momento maravilloso!

—Mi pequeña Jennie —musitó, enternecido, el viejo pariente, rodeando con sus fuertes brazos aquellos hombros, y besando las tersas mejillas—. Criatura, estás realmente hermosa, eres una mujercita encantadora... Me hubiera resultado imposible reconocerte, de no saber que eras mi sobrina.

—En cambio, tú estás igual —rio ella dulcemente—. Un poco más canoso, eso es todo... Sigues siendo el mismo que recordé siempre...

—Nadie es el mismo después de siete años, Jennie —rechazó él, conduciéndola hacia el lugar donde dejara su coche modelo ranchera—. El tiempo no perdona a las personas, créeme. Aunque eso, claro, no reza para ti.

—Háblame de cosas de tu finca, tío —le rogó ella, al acomodarse en el asiento, con infantil alegría—. Estoy deseando verme de nuevo allí, rodeada de ese maravilloso césped, viendo correr a tus caballos...

—Oh, sí, los caballos... —el rostro de él se ensombreció—. Siempre fueron tu juego favorito, ¿no?

—Y siguen siéndolo. En Australia hay hermosos ejemplares, tío.

Y grandes extensiones para recorrer sin obstáculo. Aquello es tan grande, tan hermoso…

—¿Cómo están tus padres?

—Muy bien. Lamentaron no poder venir, pero mamá tiene trabajo con la escuela, y papá anda metido hasta la raíz del cabello en sus negocios de importaciones. No pueden dejarlo. Y eso que papá está deseando ver a su hermano favorito, Silas Haversham —rio ella para terminar, acariciando el cabello blanco de su tío.

Este sonrió algo forzado, evocando a su hermano Patrick, emigrado a Australia para hacer fortuna al margen de herencias familiares y todo eso. Tal vez él acertó. Aquel lejano mundo debía de ser mucho menos cruel que el de la vieja Inglaterra. Sobre todo, cuando la fortuna de uno no se había arriesgado en algo tan incierto como un caballo o una carrera…

—Las cosas en las Islas no van demasiado bien últimamente, Jennie —comentó, tras un carraspeo, Silas Haversham—. Hay crisis y todo eso, ya sabes. Incluso la gente como nosotros sobre los efectos de esas circunstancias. No verás ya quince o veinte caballos en mis cuadras, querida. Solo hay cuatro y un potrillo…

—Sobrará para disfrutar con ellos —suspiró la muchacha, acogiendo con sorprendente naturalidad esa ingrata noticia—. Supongo que por fin conoceré al fabuloso «Silver Arrow»…

—¿Cómo? —Pestañeó su tío—. ¿Es que tú sabes… has oído hablar… de él?

—Pero tío, ¿por quién me tomas? —se dolió ella, mirándole sorprendida—. Claro que he seguido leyendo prensa inglesa. En Australia se hizo muy famoso tu caballo. La gente apostaba por él días antes de cada carrera. Seguíamos por la radio sus carreras… El que jugaba por «Silver Arrow» siempre ganaba…

—Hasta que un día perdió —dijo amargamente Silas.

—Siempre hay un día en que se pierde, tío —confesó con rara sencillez su sobrina, perdida la mirada en el paisaje—. Lo verdaderamente importante es saber perder y aceptarlo. Nadie puede quitarle a «Silver Arrow» la gloria que ganó durante los años en que fue el asombro de los hipódromos, ¿no es cierto?

—Claro que lo es —Silas tragó saliva y dominó lo mejor posible su emoción. Tuvo que darse un leve manotazo en los ojos para impedir que la visión siguiera borrosa con aquella repentina

humedad—. Él fue grande. Mi cuadra lo fue. Eso supongo que es lo que cuenta, lo que nadie puede quitarnos…

—Así es, tío —suspiró la muchacha, mirándole intensamente—. Estoy segura de que voy a pasar unas felices semanas contigo, en Haversham Farm…

—¿Cómo? ¿Semanas? —se sobresaltó su tío, notando que casi perdía el control sobre el volante del coche—. ¿Has dicho… semanas?

—Eso es, tío. ¿Es que te parece demasiado tiempo acaso?

—No, no. ¿Demasiado? ¿Cómo puedes decir eso? Será maravilloso tenerte aquí, conmigo, durante tanto tiempo. Es mucho más de lo que pude imaginar. Pero tus ocupaciones, tus estudios en Australia…

—Oh pero, ¿es que no sabes? ¿No te lo he dicho aún? ¡Qué tonta soy! —rio ella de buena gana—. Verás, tío; he terminado mi carrera.

—¿Tan pronto?

—Me apliqué mucho. Soy buena estudiante —sonrió Jennie—. Ya tengo mi título de maestra, como mamá. Pero no empezaré a ejercer como tal hasta el próximo curso, en setiembre. Ahora dispongo de unos meses para disfrutar, viajar, vivir, gozar cuanto desee. Papá me prometió un premio si obtenía el título antes de lo previsto. Gané ese premio. Como «Silver Arrow», ¿no? Ahora dispongo de dos mil quinientas libras para mis caprichos… y de mi gran amigo «Boomerang».

—¿«Boomerang»? —se extrañó su tío—. ¿Quién es? ¿Algún perro?

—No, no. —Ella soltó una suave carcajada—. Nada de eso, tío. «Boomerang» llegará dentro de dos días en un vuelo especial de transporte. Es un capricho más de tu sobrina Jennie, pero es un regalo que te traigo para ti especialmente.

—¿Para mí? Temo no entenderte, querida…

—Verás, tío Silas. «Boomerang» es un pura sangre australiano.

—¡Cielos! ¡Un caballo!

—Así es. Un soberbio, joven y espléndido caballo de carreras. Dicen todos en Australia que podría ser un gran campeón. Pero que necesita cuidados especiales, un buen entrenamiento y un jinete de clase. Por eso lo traigo, tío. Espero conseguir aquí todo eso. Y hasta

inscribir a «Boomerang» en alguna carrera... bajo los colores de la cuadra de los Haversham, ¿qué te parece?

* * *

El coronel Aubrey Munro cambió una mirada de extrañeza con su actual entrenador, el que fuera fabuloso *jockey* hasta dos años atrás, Paul Montague. Su última gran victoria en un Derby había sido en Epsom, montando a «Thunderball», en dura pugna con «Centella» y «Silver Arrow», este ya en la decadencia.

—¿Un nuevo caballo? ¿Qué dices, Paul? —indagó con acritud, frunciendo sus hirsutas y canosas cejas.

—Lo que oye, coronel —suspiró Montague, moviendo su pequeña y enjuta figura por la confortable sala en el que el exmilitar, propietario de la mejor cuadra de Dartmoor, ahora que los Haversham no existían prácticamente, tomaba su habitual té de las cinco, con inexorable puntualidad—. Un cabello australiano.

—¿Lo han traído desde allí?

—Así es, señor. Los que lo han visto afirman que es joven y nervioso, con planta de pura sangre.

—Haversham no puede permitirse el lujo de adquirir caballos sin que nosotros caigamos sobre él y nos quedemos con cuantos adquiera, ya que sigue siendo acreedor nuestro.

—Este caso es diferente. El caballo está registrado a nombre de su sobrina, Jennie Haversham, y ella es mayor de edad y propietaria legal del animal. No podemos hacer nada. Ese caballo está legalmente como simple invitado en las instalaciones de Silas Haversham, para correr y entrenarse.

—Háganlo vigilar y díganme qué tal es el animal. Puede que ella acepte una oferta generosa, si su caballo realmente tiene cualidades...

—Lo haré, coronel. No resultará difícil llevar el control de ese caballo. La propiedad vecina a la de los Haversham es la de un conocido mío, Jeremy Dalton, un joven aficionado también a las carreras de caballos y, sobre todo, a las apuestas. No creo que ponga objeciones si le pido presenciar las pruebas del caballo australiano desde un altozano de sus tierras. Con unos buenos prismáticos, será como estar allí mismo, cronometrando sus

pruebas.

—Pues adelante, Paul —invitó acremente el huraño coronel—. No pierdas tiempo y ocúpate de los detalles sobre esa cuestión. Sabes que desde el accidente de Ascott, «Thunderball» ya no es el mismo, «Dragón» aún no está en forma para un Derby, y nos sería muy conveniente disponer de una tercera opción. Si ese caballo resulta ser un pura sangre de primera clase y lo bastante veloz y resistente, mi oferta hará vender a esa muchacha, sin duda alguna. Ella no tiene ni idea de lo que significa un caballo de competición, pero yo sí.

Montague asintió, encaminándose a la salida del *living*. Antes de eso se volvió, y dijo respetuosamente a su patrón:

—¿Y si ella no vendiese a ningún precio? Ya sabe cómo son los Haversham...

—Venderá, no te quepa duda —rio el coronel Munro—. Y si no quisiera vender, tengo muchos recursos para convencer a cualquiera. Aunque, de todos modos, no creo que ese caballo sea nada excepcional, la verdad.

Montague salió de la residencia sin añadir palabra. Su pequeña figura de típico *jockey*, pelirrojo y pálido, con ese modo zambo de andar que poseen todos los que han montado caballos durante años enteros, se alejó por los prados de la finca Munro, en cuyos establos figuraban actualmente no menos de treinta excelentes caballos, dispuestos a competir en cualquier prueba. Si alguien había cavado la tumba para el esplendor de los Haversham en la hípica, ese alguien, sin duda alguna, era el coronel Aubrey Munro, irreconciliable adversario de los Haversham tanto dentro como fuera de los hipódromos.

Ahora, por si el caballo llegado de Australia era realmente una esperanza, el viejo militar retirado empezaba a tender sus sutiles redes para apoderarse también, de él e impedir en un futuro más o menos próximo la recuperación de la grandeza hípica de la cuadra Haversham.

Y Montague sabía que si el viejo cacique no conseguía por las buenas lo que se proponía, su retorcida mente de implacable enemigo no dudaría en recurrir a las malas artes.

* * *

—Realmente, tiene una estampa espléndida, Jennie.

—Te lo dije, tío. Es un auténtico pura sangre. Tengo mucha fe en él.

Silas Haversham palmeó suavemente el cuello del animal y lo estudió con atención, desde sus finas patas hasta la sedosa crin. Parecía algo cansado del viaje, pero su aspecto era el de un auténtico ejemplar de hipódromo. Tendría unos tres años y era ya un soberbio caballo.

—De todos modos, no debes dejarte deslumbrar por su simple apariencia, querida —objetó con cautela el viejo propietario—. He visto los hipódromos llenos de animales de bella estampa. Pero eso no les da la victoria. Allí se va a correr, no a ganar un trofeo a la belleza física del concursante.

—De sobra lo sé, tío —Jennie pareció molesta por la observación. Acarició el morro de «Boomerang», y el animal le dio unos cariñosos empujones con la cabeza—. Yo no confío solo en su apariencia, sino en su clase.

—¿Ha corrido seriamente alguna vez, ha ganado algún premio en Australia?

—No —confesó la joven—. Ni siquiera pensé en inscribirlo allí. Solo lo he entrenado haciéndole correr por las pistas y campos llanos.

—Entiendo —la desilusión asomó al rostro de su tío—. ¿Cronometraste los tiempos?

—Oh, tío, a veces eres insufrible —ella dio un pequeño taconazo de ira en el suelo—. Claro que no lo hice. No lo estaba preparando para ninguna carrera. Era solo mi caballo, y pensaba traerlo aquí para regalártelo. Será tarea tuya convertirlo en un campeón de verdad. Lo que sí puedo asegurarte es que muchos amigos australianos que le han visto correr aseguran que no lo había más veloz en todo el país.

—Australianos... —murmuró Haversham, disgustado—. ¿Qué entienden de carreras esa gente, querida Jennie?

—Mira, tío, Australia no es ya el país de un principio, habitado solo por salvajes, penados y colonos ignorantes. En Australia se sabe lo que es una carrera de caballos también como aquí. La gente sabe distinguir un miserable penco de un auténtico campeón, aunque tú no lo creas. Y para todos ellos, «Boomerang» es un campeón desde

su nacimiento.

—Está bien, está bien, no te enfades —suspiró Silas Haversham, rodeando los hombros de su sobrina con un abrazo protector, afectuoso—. Agradezco mucho tu regalo, pero solo quiero que pises firme en el suelo y no construyas castillos en el aire demasiado pronto, querida. Por cometer ese error, me veo ahora como me veo. Confié demasiado en un caballo que consideraba invencible. Y no supe ver la realidad.

—Conozco la historia de «Silver Arrow», tío —confesó la muchacha, inclinando la cabeza mientras conducía al recién llegado animal en dirección a las cuadras—. Y sé todo lo ocurrido. De veras lo lamento. Pero aún no está todo perdido.

—Todo, créeme. Ni siquiera puedo poner a mí nombre ese caballo que me regalas. Sería como entregárselo de regalo a mis acreedores. Dentro de una semana, todo esto se lo llevarán para cubrir parte de mi deuda. Y eso no es todo. En un plazo de nueve meses, mi deuda de veinte mil libras me hará perder esta propiedad completa. ¿Te das cuenta ahora de mi situación y de lo mucho que dudo ya de todo?

—Tío, ignoraba que fuese tan grave —declaró Jennie, mirándole con dolor—. Pero tienes nueve meses por delante. Toda una temporada de carreras de caballos para intentarlo…

—¿Haciendo correr a «Boomerang»? —Silas sacudió la cabeza, pesimista—. Sería un milagro que él u otro caballo cualquiera ganase un premio, enfrentándose a animales como el veterano «Thunderball», de mi rival y acreedor, el coronel Munro, o a otros como «Diamond», «Centella» o «Gladiador», por nombrarte a los más conocidos de Inglaterra. Y yo no creo en milagros que puedan tener lugar en una pista de carreras… Pero agradezco tu regalo en el alma, y me gustará ver correr a tu admirado «Boomerang». Es posible que tenga sangre de campeón, como dices, y algún día gane un trofeo que colme tus ilusiones.

—Ganará mucho más que un simple trofeo. Estoy segura de que llegará lejos, muy lejos. Incluso es posible que algún día sea el vencedor del Derby…

—El Derby… —suspiró Haversham con expresión ensombrecida. Sonrió amargamente y meneó su canosa cabeza con desaliento—. Dios mío, Jennie. No sueñes tanto. Cuanto más altas llegan las

ilusiones, más dura resulta la caída... Anda, vamos a las pistas de entrenamiento, a probar a ese hermoso caballo tuyo...

Momentos después, en la zona destinada a entrenamiento y carreras cronometradas, los Haversham, tío y sobrina, se dispusieron a hacer correr a «Boomerang», seguros de que solo ellos estarían presentes en la prueba.

E día, húmedo y nuboso, prestaba al paraje unos matices de intenso verdor, y el aire olía a hierba y a tierra mojada. Posiblemente llovería muy pronto.

Ensillaron a «Boomerang», y Jennie lo montó. Su tío se dispuso a cronometrar la prueba. Instruyó a su sobrina, mientras esta se despojaba de su chaqueta para quedar con su falda, botas de montar y blusa, siendo así un lastre más ligero el de su armonioso y esbelto cuerpo para el animal que había de llevarla en sus lomos.

—Preparada —avisó Haversham—. El circuito tiene mil metros. Da dos vueltas para empezar. Creo que será suficiente para poder calibrar las facultades de tu caballo.

—Recuerda que es tuyo, no mío ya —sonrió ella, aupándose en la silla.

—Seguirá siendo tuyo, mientras esté en deuda con mis acreedores —rechazó Haversham—. Recuerda lo que te dije: ponerlo a mí nombre sería embargarlo de modo automático. Si vale, correrá como representante de la cuadra Haversham. Pero su propietaria legal, a todos los efectos, será Jennie Haversham, no lo olvides.

—Conforme, tío. Pero ambos sabemos la verdad: que «Boomerang» es para ti.

El hizo un gesto de gratitud. Alzó la mano, con la otra en el crono. Gritó:

—¡Ya!

Y puso en funcionamiento el cronómetro.

«Boomerang» salió disparado como una flecha. Se alejó por el sendero llano, que circundaba aquel campo cubierto de césped, tras la valla blanca. Haversham mantenía en marcha el crono. Alzó los ojos. Reveló cierta sorpresa. «Boomerang» alcanzaba ya la primera curva. Había arrancado con mucha velocidad. Tal vez demasiada, pensó Haversham. La experiencia le enseñaba que los caballos con demasiado ímpetu inicial se desfondan pronto y fallan

lamentablemente en el *sprint* final.

—Rápido sí que es —tuvo que admitir, frunciendo el ceño—. Si aguantase así mucho tiempo…

«Boomerang» continuaba la carrera. Jennie era una buena amazona y sabía llevar con habilidad y destreza las bridas de la montura. No utilizaba el látigo lo más mínimo, ni siquiera en los metros finales de la prueba. Izó su cuerpo para pesar menos, apoyada solamente con sus pies en el estribo, inclinada sobre el cuello del caballo, cuando terminaba en la recta final del pequeño campo de entrenamiento.

El animal cruzó la imaginaria línea de meta. Haversham alzó el brazo y paró el cronómetro. Su rostro expresó un vivo asombro.

—¡Increíble! —clamó—. No puede ser…

Su sobrina iba ya hacia él, con «Boomerang». El animal no parecía en absoluto fatigado. Ella sonrió.

—¿Buen tiempo, tío? —demandó.

—¿Buen tiempo, dices? —Silas la contempló pasmado. Luego miró al caballo con ojos que relucían de gozo y de sorpresa—. ¡Es fabuloso! Hace años que ningún animal corría esa distancia en tan poco tiempo… y con tan escaso esfuerzo aparente.

—Conozco bien a «Boomerang». Allí le he hecho correr distancias infinitamente mayores, sin que mostrase cansancio alguno.

—Lo importante es que acelera su ritmo a medida que avanza la carrera. En la recta final parecía volar… Es asombroso, Jennie, realmente asombroso.

—Te lo dije. Es un auténtico campeón.

—No sé si lo será alguna vez. Cabalgar entre otros caballos, competir con animales experimentados y con *jockeys* veteranos, en un lugar repleto de gente que grita y apremia a sus respectivos favoritos, no es como correr aquí, en paz y silencio, sin adversario alguno al lado. Pero tiene madera, ciertamente. Vaya si la tiene. Vamos, es preciso empezar a prepararle con vistas a nuevos entrenamientos, dosificando su esfuerzo y planeando cuidadosamente su preparación. Creo que, con un poco de suerte, podría correr con alguna posibilidad en el próximo premio local, el llamado de los Yermos de Dartmoor.

—¡Eso es estupendo, tío! —palmoteo ella—. ¿Cuándo tendrá

lugar la prueba?

—Dentro de seis días. Mañana finaliza el plazo de inscripción de caballos. Naturalmente, ni había soñado en presentar mis colores allí. Pero esto lo cambia todo...

Se alejaron hacia la casa, entusiasmados ambos.

En un cercano altozano cubierto de verdor, dos hombres se miraron en silencio, tras apartar sus prismáticos de la pista de entrenamiento de Silas Haversham. Ambos habían estado allí tendidos durante todo el tiempo que duró la prueba. Ahora, la sorpresa se reflejaba en sus semblantes.

—¿Vio eso, señor Dalton? —preguntó uno de ellos, todavía estupefacto.

—Cielos, vaya si lo vi —asintió Timothy Dalton, propietario de la finca vecina a la de Haversham—. Ese caballo es un rayo, amigo Montague.

El antiguo *jockey* afirmó con la cabeza, mientras ambos se incorporaban sacudiendo de briznas de hierba y barro sus pantalones de cheviot.

—Nunca me hubiera imaginado algo así —confesó—. Bien preparado, puede ser un fenómeno.

—Entiendo de caballos, Montague —sonrió Dalton—. Y estoy de acuerdo con usted. Ahora dígame, ¿por qué quiso espiar a ese animal con tanto interés? ¿Acaso sabía que se trataba de un auténtico pura sangre y desea hacerle alguna oferta a Haversham?

—Yo no tengo un interés personal en el asunto, señor Dalton —confesó el *jockey* convertido ahora en entrenador.

—Creo comprender. Es cosa del coronel, ¿no es cierto? —indagó el dueño de la finca, clavando sus oscuros ojos perspicaces en el otro.

—Sí —admitió Paul Montague de mala gana—. Me dio instrucciones en ese sentido. Estaba interesado por saber si se trataba solamente de un animal vulgar y corriente o de un posible ganador.

—El viejo truhan —rio entre dientes el joven Dalton—. Siempre al acecho, ¿eh?

—Ya sabe cómo es él. Le gusta tenerlo todo bien atado para no correr riesgos. Ahora que su cuadra es la mejor del Condado y de todo el país posiblemente, no quiere encontrar rivales peligrosos.

—Pues me temo que lo ha encontrado. Ese caballo es un verdadero fenómeno, puedo jurarlo.

—Sí, yo también, señor Dalton —suspiró Montague con gesto ensombrecido—. Y eso no va a gustarle al coronel, a menos que pueda adquirir ese ejemplar.

—Si fuese mío, yo no lo vendería por nada del mundo.

—Tampoco yo. Pero Haversham no está en condiciones de luchar. Recuerde su situación económica, señor Dalton...

—Aun en ese caso, solo podrá arrebatarle el caballo si este está a su nombre, pero no si la propietaria es esa bonita jovencita a quién vimos montarlo... —sonrió Dalton, con gesto irónico.

—Es posible que tenga razón —admitió el exjockey, preocupado—. De todos modos, debo informar al coronel. Le dejo, señor Dalton. Y gracias por todo.

—Oh, de nada. Pero naturalmente, deberá comprender que no pienso permitirle nuevas visitas a mí propiedad con ánimo de espiar a los Haversham —advirtió severamente el joven vecino—. El coronel tendrá que buscarse otros medios para averiguar cosas sobre ese caballo.

—Lo comprendo muy bien, señor Dalton. De todos modos, gracias.

Se alejó. Timothy Dalton se quedó mirándole con gesto pensativo, se frotó el mentón y luego dirigió su mirada hacia la vecina propiedad de los Haversham.

—Me jugaría la mano derecha a que piensan inscribirlo en la prueba del Premio de los Yermos —se dijo en voz alta, entornando los ojos—. En cuyo caso, ni el coronel Munro ni yo creo que tengamos la menor posibilidad, si ese animal corre como lo hizo hoy...

CAPÍTULO III

El pequeño hipódromo de Dartmoor aparecía bastante animado aquel sábado por la mañana, pese a la lluvia caída durante los últimos días, que había dejado el terreno blando y resbaladizo. Muchos de los *jockeys* que iban a competir en la prueba local examinaban con disgusto el estado del terreno, que no iba a beneficiar precisamente a sus caballos.

—¿De veras piensas mantener a «Boomerang» en esa prueba, querida Jennie? —preguntó Desmond Haversham, primo segundo de su tío Silas, recién llegado a Dartmoor para pasar unos días con su pariente.

La muchacha miró a su otro tío con expresión preocupada. Luego asintió:

—Sí, tío Desmond —confesó con energía—. Correrá de todos modos.

—El terreno es peligroso…

—Lo sé. Ha corrido incluso bajo raudales de lluvia, en terrenos peores que este. Sé que lo hará bien.

—No me refería a eso. Una caída podría serle fatal. He visto caballos que arruinaron su carrera en el mejor momento, por una imprudencia semejante. Lo mejor sería retirarse de la prueba, Jennie.

—No —cortó ella, decidida—. No nos retiramos. Está decidido.

Desmond Haversham se encogió de hombros. Al contrario de su primo segundo, Silas, era un hombre afectado, engreído y convencido de que siempre tenía él la razón. Vestido impecablemente, con bastón de empuñadura de plata, rostro afilado y pálido, ojos claros y fríos, no resultaba en absoluto simpático ni lo pretendía en ningún momento. Era de ademanes educados, casi untuosos, voz seca y aire de superioridad ante los demás. Poseía medios de fortuna propios, pero jamás ofreció una ayuda a Sitas, ni este se rebajó a pedírsela. Su único punto en común, quizá, era la afición a los hipódromos, pero Desmond no poseía caballos ni

cuadras. Se limitaba a recorrer los mejores del país y asistir a las principales pruebas, apostando fuerte en ellas.

—Os deseo suerte, sobrina —dijo por fin, con aire indiferente, moviendo su cabeza pesaroso.

Aquella mañana lucía chaqué impecable, botines y sombrero de copa, como si en vez de asistir a una carrera modesta en un pequeño pueblo de los yernos, estuviese en el mismísimo Epsom, presenciando un Derby. La gente le miraba entre curiosa y divertida, porque era el único en mantener la etiqueta propia de tales pruebas hípicas.

Se alejó hacia la ventanilla donde se expendían los boletos de apuestas, si bien estas poseían una limitación modesta muy lejana de las posibles en otros hipódromos nacionales.

Un joven *jockey* local, pequeño, pecoso y muy rubio, había sido el elegido por su tío Silas para montar a «Boomerang». Se llamaba Sam Price, y acostumbraba a ayudar Haversham en cuidar las cuadras, por muy poco dinero, simplemente para dar rienda suelta a su afición por los caballos.

—No es muy bueno como jinete, pero es lo único que puede encontrarse por aquí —señaló su tío, viéndole ir con «Boomerang» de la rienda, camino del cajón de salida, que en este caso era el número 6—. Confiemos en que saque todo el partido posible a «Boomerang».

—¿No tenías un *jockey* hace poco tiempo, que estuvo punto de ganar la última carrera de «Silver Arrow»? —preguntó Jennie.

—Oh, sí. Percy Haymes, un gran chico, un fenómeno sobre la silla. Pero tuvo que marcharse, aun a su pesar. No podía pagarle su elevado sueldo, y ni siquiera tenía un caballo decente para que pudiera montarlo con posibilidades de éxito. Si estuviese ahora aquí… estaría seguro de la victoria de «Boomerang», Jennie.

—Bueno, él no está. Pero está «Boomerang», y eso es lo que cuenta —le animó su sobrina. Luego le tendió unos billetes que sacó del bolsillo—. Ve a apostar esto, tío. Veo que no se puede jugar más a un caballo…

—Así es —sonrió Silas—. Es una carrera modesta, con modestos premios y modestas apuestas, después de todo. El límite a jugar es de veinte libras, ni una más. Esperemos duplicarlas, cuando menos.

—Hace poco, estaban las apuestas cinco a uno, a favor de

«Bessie», la yegua que presenta tu rival, el coronel Munro —le informó ella—. Si todo sigue igual, podemos embolsarnos cien libras... y el premio, naturalmente.

—Dios lo quiera —murmuró su tío—. No será mucho, pero podría ser el principio de algo nuevo y mejor, querida sobrina...

* * *

El pequeño hipódromo era un clamor.

Los caballos estaban alcanzando la curva de los páramos, que significaba ni más ni menos que el acceso a la recta final, tras dos mil quinientos metros de recorrido, lo cual para un pequeño concurso local, ya era suficiente. Quizá por eso, en Dartmoor se le llamaba jovialmente «pequeño Derby» a la prueba llamada Premio de los Yermos. Era sin duda exagerado, porque a la gente provinciana siempre le gusta desorbitar las cosas en su beneficio, pero lo cierto es que la carrera había alcanzado prestigio, incluso fuera de la región, dándose la circunstancia de que varios propietarios de caballos de regiones tan alejadas como Kingston o Sunderland presentaban sus ejemplares en aquella prueba.

Jennie Haversham, junto a su tío Silas y su tío Desmond, seguía con atención la carrera. «Bessie», la formidable yegua del coronel Munro, competía en esos momentos con el caballo «Empire», de la cuadra de Timothy Dalton. Y en tercera posición, algo despegado del resto, en una decepcionante carrera, se hallaba «Boomerang».

La desilusión se pintaba claramente en el rostro de Silas. Su primo Desmond le miró irónicamente, cuando los caballos enfilaron la recta última, e hizo un comentario sarcástico al respecto.

—Hice bien en no confiar demasiado en vuestro caballo y aposté todo por «Empire», y creo que voy bien encaminado...

—Oh, ¿cómo puedes decir eso, tío Desmond? —se enfureció Jennie, volviéndose airadamente hacia él—. ¡«Boomerang» ganará, a pesar de lo mal dirigido que está por ese mozalbete pecoso!

Y era cierto. El bueno de Sam Price podía tener mucha ilusión en ser *jockey* algún día, pero difícilmente iba a conseguirlo montando tan mal. Faltaba dosificación en la carrera, control de sus nervios. Inicialmente había situado a «Boomerang» con casi tres largos de distancia sobre su inmediato seguidor, «Bessie». Pero al fin

no solo la yegua del coronel Munro, sino también el mediocre «Empire» de Dalton habían logrado sobrepasarle con relativa facilidad. Y de nada había servido que el muchacho espoleara al animal a punta de látigo. «Boomerang» no respondía. Parecía agarrotado, sin nervio, sin potencia.

—¡Adelante, «Boomerang», adelante! ¡Vamos, no pueden dejarte derrotar, no puedes decepcionarme! ¡«Boomerang» lucha, corre, corre…! ¡Corre, por Dios, corre como nunca lo hiciste, porque será tu primera victoria y será el principio de lo mejor! ¡Corre, corre, vuela si puedes…!

Naturalmente, no esperaba que sus voces pudieran influir en el caballo, demasiado lejos de ella para captar su llamada, su aliento, sus instrucciones. Sam hacía lo que sabía y podía que no era mucho. Y ya el jinete de «Bessie» sonreía, viendo fácil su victoria, con menos de trescientas yardas ante sí para cruzar la línea de meta como ganador destacado. Solo «Empire», muy cercano, le inquietaba en el *sprint* final…

Silas Haversham, muy pálido, cerró los ojos, mientras en la tribuna principal el gesto del coronel Munro y de Timothy Dalton era expresivo, risueño, convencidos ambos de que sus caballos tenían prácticamente asegurados el primero y segundo puesto de la carrera.

Respiró hondo el tío de Jessie. No era la primera vez que la amarga decepción de la derrota golpeaba su persona. El recuerdo doloroso del último Derby, el de la derrota de «Silver Arrow» en Epsom, aquella inolvidable y triste tarde, acudió a su mente con tal viveza, que abría viejas heridas, haciéndolas sangrar de nuevo.

—Dios mío, otra vez… —susurró entre dientes, desesperanzado —. Otra vez la derrota, el fracaso, la decepción… Lo sabía, lo sabía… Pero ahora no seré yo solo. Jennie también va a sufrir mucho por haber confiado en exceso…

De repente, abrió los ojos. Un murmullo de sorpresa y perplejidad del público le obligó a ello. Al mismo tiempo Jennie gritaba, desaforadamente, en plena euforia:

—¡Sí, sí, «Boomerang», eso es! ¡Así, así, corre! ¡Vamos, sigue, avanza! ¡Un esfuerzo más! ¡Sigue así, no cejes! ¡Adelante, «Boomerang»…!

Sin dar crédito a sus ojos, Silas Haversham descubrió que todo

había cambiado de repente en las doscientas yardas anteriores a las cien últimas de la carrera. «Empire» perdía ya el segundo puesto nítidamente, mientras un «Boomerang» vertiginoso, arrollador, que parecía espoleado por un mágico invisible *jockey,* ante el pasmo del propio jinete que lo cabalgaba, devoraba yardas como una centella, alcanzando a «Bessie» con casi ciento cincuenta yardas todavía por delante en la pista.

El *jockey* de «Bessie» giraba la cabeza, confuso y alarmado ante lo que nunca hubiese podido imaginar. «Empire» ya no era una amenaza para nadie. El caballo de Timothy Dalton, como roto después de verse rebasado tan fulgurantemente por el que consideraba ya un *outsider,* perdía terreno hasta el punto de verse absorbido por un grupo rezagado de tres caballos que ya nada tenían que hacer en la carrera, «Boomerang» era como un relámpago en la pista. Sus patas se flexionaban con una elasticidad mágica, pasmosa, y con la proximidad del destacado en cabeza parecía sentirse espoleado hasta el punto de competir por la victoria final en un duelo decisivo que puso un nudo de emoción en las gargantas de los asombrados espectadores.

El coronel Munro se inclinó hacia adelante, crispando sus manos sobre la barandilla de la tribuna, hasta blanquear sus nudillos y palidecer su rostro intensamente. Timothy Dalton aunque decepcionado también, algo más distante y menos emocional que el viejo coronel, contemplaba entre indiferente y abatido la derrota del animal que ostentaba sus colores. Sus ojos no se apartaban un ápice de aquella bella estampa equina, color café suave, que era el cuerpo espléndido de «Boomerang», lanzado como una flecha hacia su blanco: la meta definitiva.

«Bessie» perdía fuerzas por momentos. «Boomerang» la igualó por la parte de afuera, la rebasó palmo a palmo, en unas setenta y cinco yardas finales realmente emotivas. Veinticinco yardas antes de la meta, «Bessie» había quedado atrás sin apelación posible. Y lo que primero era una cabeza de ventaja se convirtió en ese último tramo en la increíble superación por largo y medio.

En medio de un clamoroso entusiasmo por parte de muchos y la honda decepción e incredulidad de algunos, «Boomerang» cruzó la línea de meta sin problema alguno, seguido ya por una «Bessie» agotada y torpe, cuyo jinete aún no podía dar crédito a sus ojos.

—La felicito, señorita —dijo una voz junto a Jennie Haversham —. Es la más hermosa victoria jamás conseguida por un caballo en Dartmoor, se lo aseguro.

Emocionada Jennie, en medio de la euforia del inesperado triunfo, se volvió hacia el desconocido que la hablaba de esa forma. Se encontró con un joven a quién no había visto antes. Pelo castaño rebelde, ojos grises y risueños, atlético nada bien vestido por cierto. La camisa aparecía demasiado raída en el cuello y los pantalones mostraban el brillo de prolongado uso, aunque estuviesen limpios y bien planchados. Su chaqueta de cheviot llevaba parches de cuero en el codo, pero no se podía saber si por esnobismo o por pura necesidad de cubrir los efectos del uso en el tejido.

—Gracias —dijo ella con una sonrisa—. Es muy amable, señor…

—Fox —dijo él, respetuoso—. Brian Fox, señorita Haversham… Nunca he visto un caballo parecido a «Boomerang». Estoy seguro de que será un campeón. Un gran campeón que ha nacido hoy a la fama en Dartmoor…

—Dios le oiga, señor Fox —suspiró ella, ya arrebatada de su asiento por su tío Silas, que la abrazaba fervoroso, entusiasmado, junto con otras muchas personas de Dartmoor, simpatizantes de los Haversham.

En cambio, su tío Desmond se limitó a suspirar, rompiendo su boleto de apuestas y poniéndose perezosamente en pie para decir displicente:

—Te felicito, sobrina. Un buen triunfo, cuando menos se esperaba. Hay que admitir que tu caballo tuvo mucha suerte…

Se alejó, con sus andares de hombre seguro de sí mismo y despectivo para los demás, sin dignarse dirigir una sola mirada a cuantos rodeaban ahora a sus parientes. Ella le contempló con cierto enfado, mientras su tío Silas la abrazaba, eufórico.

—Suerte… —repitió Jennie, malhumorada—. ¿A esa forma de correr la llaman suerte?

—No le hagas caso, querida —le pidió tío Silas—. Ya sabes cómo es Desmond… Después de todo, no creía en «Boomerang» y apostó por «Bessie», como casi todos. Si algo no le gusta a tu tío Desmond es precisamente perder…

—Te lo dije, tío. Había que tener fe en «Boomerang». Aunque no fue una buena monta la de hoy, su propio afán de superación, su

deseo de llegar el primero, le hizo sobreponerse a todo, ya lo viste. Es un buen competidor, estaba segura de ello.

—Yo empiezo a estarlo ahora, Jennie. Ojalá siga igual en lo sucesivo… Ahora vamos a recoger el premio. Solo son una copa, una cinta y doscientas cincuenta libras, pero es algo que vale la pena. Es… es quizá un principio. Un hermoso principio.

—Lo es, tío Silas. Lo es —afirmó ella, con lágrimas en los ojos.

Y se abrazó a su familiar, profundamente emocionada, antes de ir a la tribuna a recoger el premio obtenido. En lo alto de esta, un coronel Munro lívido y desencajado, abandonado bruscamente su asiento, sin despedirse siquiera de Timothy Dalton que, contemplándole con sonrisa irónica, asomó a la barandilla, felicitando a distancia a su vecino Silas Haversham con un elocuente gesto.

CAPÍTULO IV

—¿A qué ha venido, señor Jackson?

Morgan Jackson, abogado del coronel Munro, carraspeó, cambiando una mirada indecisa con su acompañante, Paul Montague, actual entrenador de las cuadras del exmilitar.

—Bueno, verá, señor Haversham... —dijo al fin—. Le traigo una oferta muy generosa y favorable, de parte de mi cliente, el coronel Munro.

—¿Generosa y favorable, viniendo de ese viejo zorro egoísta y cruel? —dudó el tío de Jennie despectivamente—. Lo dudo muchísimo, señor Jackson.

—Por favor, no trate de mostrarse insultante con mi cliente. Él no desea ser su enemigo. Solo es su acreedor, y todo por culpa suya, señor Haversham. Quien no sabe administrarse en la vida suele sufrir estos batacazos inevitables.

—Diga mejor que todo esto ocurre porque el coronel adquirió de mis acreedores todas las deudas que yo tenía, para presentar contra mí un procedimiento ejecutivo que ahora me deja sin caballos ni cuadras.

—Pero, señor Haversham, usted sabe que, muy noble y generosamente, el coronel aceptó demorar durante una semana la incautación legal de esos animales, a petición suya.

—Le agradezco ese detalle que tanto me humilló pedirle, pero ya no es necesario. Quería impedir que mi sobrina, llegada de Australia, conociese mi verdadera situación económica, pero no había razón para ello, puesto que ella ya tenía idea de mis problemas. Ahora ella lo sabe todo. De modo que puede llevarse los caballos, incluido «Silver Arrow», por mucho que ello me duela.

—Vamos, vamos, mi querido señor Haversham, mi cliente no tiene intención alguna de causarle un daño tan grande, llevándose a su muy amado «Silver Arrow» y a los demás caballos y potros de sus cuadras. Sencillamente, desea recuperar su dinero, eso es todo.

—Puede llevárselo todo, ya se lo dije.

—No, no. No es eso lo que vine a proponerle, señor Haversham —sonrió afablemente Morgan Jackson, tendiendo un cigarro habano a su interlocutor, con una cortesía desusada en el representante legal del exmilitar—. Fumemos, por favor, y hablemos de ello con calma, como buenos amigos.

—Yo no soy su amigo ni el del coronel —cortó Haversham, tajante—. No fumo cigarros, gracias. Diga lo que sea, envíe a por mis caballos, y asunto terminado.

—Verá, señor Haversham. ¿Qué diría usted si pudiera conservar sus caballos, mantener su cuadra como hasta ahora, limpio de deudas... y además recibiendo un cheque por valor de dos mil libras?

—¿Eso es una broma, señor Jackson?

—No, ni mucho menos. En oferta seria que depende de usted. Acepte o no, pero podemos firmar el documento ahora mismo, si es su deseo —extrajo de su portafolio un pape: plegado, alargado, que Haversham observó estaba escrito a máquina, con el membrete de la firma de abogados que representaba Morgan Jackson—. ¿Qué me dice?

—Me devuelve mis caballos, mis pagarés y deudas, e incluso a «Silver Arrow», junto con dos mil libras en efectivo... —repitió lentamente Silas, enarcando sus cejas canosas y pobladas—. Todo eso... ¿a cambio de qué?

—Bueno, de una minucia, señor Haversham —sonrió ampliamente el abogado—. Todo eso, generosamente, a cambio de... de un caballito que promete algo y quizás no sea nada del otro mundo. A cambio de «Boomerang».

—¡«Boomerang»! —Silas Haversham pegó un respingo miró con ojos llameantes a su visitante—. Lo sospechaba desde el principio...

—Cómo ve, una auténtica bicoca. Usted recupera su economía y su cuadra. Solo a cambio de un joven caballo que quizás nunca sea nada del otro mundo...

—«Boomerang» ganó el Premio de los Yermos el sábado, señor Jackson.

—Claro, claro. Por eso el coronel desea correr el dudoso albur de hacer de él un caballo aceptable. Naturalmente, es un enorme riesgo, porque la prueba era solo una carrera de ínfima categoría, una prueba de pueblo sin valor alguno...

—Salga inmediatamente de mi casa, señor Jackson —ordenó fríamente Haversham poniéndose en pie y señalando la salida.

—Señor Haversham, piénselo bien —trató de persuadirle ahora Montague—. El señor Jackson tiene toda la razón al decirle que ese caballo, de momento, no vale nada y…

—Si «Boomerang» no valiera nada, ustedes dos no estarían ahora aquí, haciéndome una oferta semejante, caballeros —replicó Silas, glacial—. Márchese usted también, Montague. Salgan los dos, se lo ruego. O yo mismo tendré que echarles de aquí.

—Señor Haversham, podría elevar mi oferta incluso a tres mil libras en efectivo y…

—¡Fuera! —bramó Haversham, sin contemplaciones.

Los dos hombres salieron de estampida. Con gesto agresivo y ojos fulgurantes, Silas les vio cruzar a la carrera el sendero de grava, en dirección a su automóvil. Una risa jovial estalló tras él.

—¡Bravo, tío! —aprobó, entusiasmada, Jennie, entrando en la estancia—. No pude evitar oír el final de esa charla… Creo que te habrás convencido de que con «Boomerang» tenemos un auténtico campeón. El coronel y su entrenador no hubiesen jugado tan fuerte por una simple promesa, y tú lo sabes.

—Claro que lo sé, querida —resopló Silas Haversham, dominando su ira—. Por eso no me importa ya demasiado que se lleven mi cuadra entera. Solo lamentaré perder de vista al bueno de «Silver Arrow», pero jamás vendería a «Boomerang», aunque no gane una sola carrera más…

—Ganará, tío, ganará —sonrió ella—. Lo he inscrito ya en la Copa Wessex, para dentro de quince días…

—¡La Copa Wessex! —exclamó su tío, asombrado—. Pero esa prueba es ya más seria… Quizá demasiado para «Boomerang», sobre todo no teniendo un *jockey* adecuado…

—Perdona, tío. La victoria de «Boomerang» en los Yermos me ha hecho cambiar de planes —dijo ella, abrazándose a su familiar—. Me quedo al menos durante un mes. Veré correr a «Boomerang» en Wessex y en alguna otra prueba. Pero también me he permitido contratar a un viejo amigo tuyo, que no puso demasiados obstáculos a la suma a percibir por sus servicios… Pase, por favor, Haymes…

—¡Haymes! —exclamó Silas Haversham, volviéndose asombrado hacia el lugar por dónde entraba en ese momento la pequeña y

frágil figura de su antiguo *jockey*, triunfador en numerosas ocasiones montando a «Silver Arrow»—. Mi querido amigo Percy… Pero si no tenemos dinero para pagar un lujo semejante…

—No se preocupe, señor Haversham —sonrió el pelirrojo jinete, avanzando hacia él con la mano tendida—. La señorita me ha pagado ya una mensualidad anticipada. No hubo problemas a la hora de fijar honorarios, se lo aseguro. Vi correr a «Boomerang» en los Yermos. Y le aseguro que es todo un campeón. El mejor que he visto en muchos años, palabra…

* * *

Las copas repiquetearon alegremente en el brindis.

—Por los colores de la cuadra Haversham —dijo solemnemente Percy Haymes, alzando luego su copa, donde burbujeaba el champaña—. Por el azul y amarillo de nuestro emblema, señor Haversham.

—Por «Boomerang» y por todos vosotros —respondió Silas Haversham, emocionado, con un temblor ostensible en la mano que empuñaba la copa—. Me habéis devuelto la esperanza, la ilusión. Gracias por todo, sobrina. Gracias, Percy…

Bebieron, con una sonrisa en los labios. Timothy Dalton, invitado a la cena, también había entrechocado su copa con la de los Haversham y su *jockey* de siempre. En el rostro atractivo y cordial del joven vecino no parecía haber ni asomo de rencor o de resentimiento por su derrota en los Yermos.

En cambio, Desmond Haversham estaba ausente. Se había excusado de asistir, pretextando un imprevisto viaje a Londres por motivos de negocios. Pero todos allí estaban seguros de que eran muy otros sus motivos para no estar presente en aquella sencilla e íntima cena, en casa de los Haversham, para celebrar la victoria de «Boomerang» en el Premio de los Yermos.

—Echo en falta a alguien más —comentó jovialmente Dalton en un momento de la cena—. ¿Cómo no se les ocurrió cursar invitación al coronel Munro?

Hubo una carcajada general ante esa broma. Percy Haymes hizo un comentario irónico, cuando hubo pasado la momentánea hilaridad.

—Vi al coronel horas después de esa carrera. Tenía el color de la ceniza y mordía su pipa como si esta tuviera la culpa de todo. Creo que no ha sabido asimilar bien el fracaso de su yegua «Bessie».

—El viejo rufián… —masculló Haversham—. Ya quería tenderme sus sucias redes para meter en ellas a «Boomerang». Supongo que ahora va a ser más duro conmigo, y mañana mismo enviará a los ejecutores judiciales con los vehículos adecuados para llevarse mis caballos. Lo siento por el bueno y viejo «Silver Arrow». Me dio tantas alegrías aunque luego me proporcionase la mayor amargura…

—Hablando en serio, señor Haversham; el viejo coronel dista mucho de darse por vencido. Aunque se ha dado cuenta del peligro que representa para su hegemonía un caballo como «Boomerang», yo sé gracias a mí amistad con un entrenador, Paul Montague, que hay en las cuadras Munro un animal capaz de enfrentarse con el nuestro en cualquier momento. Es la baza que guarda escondida para el momento.

—¿De modo que hay un caballo peligroso en la cuadra del coronel? —indagó Jennie, vivamente interesada.

—Así es, señorita —afirmó el pelirrojo *jockey*—, se llama «Dragón» y es un auténtico pura sangre de la mejor calidad. Un auténtico campeón. Lo reserva con mucho cuidado, para las carreras especiales. Espera ganar con el este año el Derby de Epsom.

—El Derby… —suspiró Haversham, entornando sus ojos ensoñadoramente—. Ese es mi gran anhelo, el sueño de mi vida en estos momentos…

—Si «Boomerang» llega a correr con él, señor, no lo tendremos fácil, ni mucho menos. «Dragón», por lo que sé, es un caballo fuerte, veloz y de gran categoría.

Las noticias que les traía Haymes parecieron enfriar por un momento la cena. Timothy Dalton intervino, tratando de reanimar la velada.

—De todos modos, creo que ese «Dragón» tendrá que ser muy bueno si quiere vencer a su «Boomerang». Les confieso que en mucho tiempo no veía nada parecido en un hipódromo. Mi «Empire» tenía que perder ante un caballo así. Cualquiera hubiese perdido en esa carrera. Estoy convencido de que «Boomerang» llegará muy lejos y…

—Eh… ¿qué es eso? —gritó sofocadamente en ese momento Percy Haymes, soltando su copa y señalando hacia la ventana del comedor.

Todos giraron la cabeza hacia allí. Un resplandor rojizo bailoteaba en la pared, penetrando a través de las cortinas del ventanal. Silas Haversham se puso en pie de un salto, con gesto demudado.

—¡Dios mío! —clamó roncamente—. ¡Fuego!

—¡Fuego en las caballerizas! —aulló Haymes, comprendiendo de repente.

Y con el rostro cubierto por una mortal palidez, se precipitó hacia la puerta, seguido por todos los demás.

—Oh no, cielos… —gimió Jennie—. «Boomerang»…

—Cálmese —la alentó Dalton, corriendo delante de ella—. No puede ser nada serio…

Pero sí era serio. Muy serio.

Al salir al exterior de la casa, el dantesco espectáculo sobrecogió a todos. Las llamas se elevaban ya con cierta fuerza por entre las tablas y el estuco de los establos, mientras del interior llegaban agudos relinchos de terror de los animales encerrados allí. Todo el paraje, en la noche, aparecía iluminado de forma irreal por los rojos resplandores del incendio.

—¡Hay que salvar a los caballos! —gritó Haymes, corriendo con Dalton en primer lugar, hacia las puertas de acceso a las cuadras—. ¡Ustedes conecten la bomba de agua a las mangueras, pronto! ¡Avise por teléfono a los bomberos de Dartmoor, señorita Haversham…!

Ella corrió de nuevo hacia la casa, mientras su tío se precipitaba para poner en funcionamiento la bomba de agua y enchufaba a ella las mangueras que habitualmente se utilizaban en la limpieza y aseo de cuadras y caballos.

—¡Saquen de ahí a «Boomerang», a «Silver Arrow», a todos! —gritaba desesperadamente el viejo Haversham—. ¡Hagan lo humanamente posible, por el amor de Dios!

Dalton y Haymes forcejeaban ya con las puertas, tras las cuales, una densa humareda envolvía todo, mientras las llamas iban prendiendo fácilmente en el heno y en el armazón de madera del viejo edificio, y los caballos se agitaban dentro, aterrados, entre

relinchos y pateos, convirtiéndose a la vez en un grave peligro para la integridad de quienes pretendían salvarles.

Jennie reapareció en la puerta, tras hacer una urgente llamada al cuartel de bomberos de la localidad, y corrió a reunirse con los hombres, sin miedo alguno a las llamas.

Tosiendo, se quedó en el umbral, aterrada ante lo que contemplaban sus ojos. Parte de la vieja techumbre era ya pasto del fuego, y comenzaba a crujir de modo alarmante.

Dalton apareció, sudoroso, ennegrecido, llevando consigo de las riendas a dos aterrorizados potrillos. Haymes le siguió, con una de las yeguas, que relinchaba presa del mayor pánico, coceando de modo peligroso. Pero el joven *jockey* mantenía con firmeza el dominio sobre el caballo para evitar riesgos.

—Dios mío... —susurró Jennie—. ¿Y «Boomerang»? ¿Y «Silver Arrow»?

Es imposible sacarles de ahí dentro, señorita Haversham —dijo roncamente Dalton—. Las llamas rodean sus establos respectivos, y el techo está a punto de caer. Nadie puede hacer nada por ellos...

—¡Oh, no, no! —clamó ella, aterrada—. Eso no. ¡Hay que intentarlo, por encima de todo!

Y trató de precipitarse al interior, en un intento suicida por salvar a los caballos. Entre Haymes y Dalton les costó trabajo retenerla y evitar su loca acción.

—No eso no, señorita Haversham —rogo Dalton—. No lo intente... Sería como poner fin a su vida estérilmente...

—El señor Dalton tiene razón —apoyó con energía Haymes—. No se puede entrar ahí. Es un infierno...

—Pero hay que hacerlo... —sollozó ella, desesperadamente—. ¡Hay que salvarles...!

Forcejeó con ellos con violencia. Estaba casi a punto de derribarles, en su loco afán por entrar.

En ese momento una sombra humana se precipito sobre el grupo apartando a todos ellos de un formidable empellón. Una voz ruda exclamó, al tiempo que, un hombre se lanzaba al interior de las llamas que convertían los establos en un infierno:

—¡Yo lo intentaré! ¡Déjenme a mí!

La figura del desconocido desapareció en medio del crepitar de maderas encendidas, piensos convertidos en pura yesca y muros y

techos lamidos por las llamas, a punto de venirse abajo. Dentro, agudos relinchos de desesperado dolor y agonía, señalaban la presencia de los enloquecidos animales cercados por el fuego.

Los tres, despavoridos, contemplaron lo que ya solo eran llamas por doquier, esperando ver caer, de un momento a otro fatalmente la techumbre encendida sobre caballos y el desconocido. Silas Haversham lanzaba en vano chorros de agua sobre aquel pavoroso incendio ya indomable.

Crujió de modo estremecedor el techo. Comenzó a desplomarse, lenta y angustiosamente. Jennie gimió, crispadas sus manos sobre el rostro…

Y de pronto, envuelto en humo y fuego, las ropas prendidas en algunos puntos, el cabello chamuscado, el rostro ennegrecido e irreconocible, el desconocido reapareció, como un héroe mítico… llevando de las riendas, en un esfuerzo titánico por vencer el terror del animal, a quién había metido la cabeza dentro de un saco, a uno de los amados animales de los Haversham.

El cuerpo color café claro, sudoroso por el calor del fuego, revelaba claramente su identidad a todos…

—¡«Boomerang»! —chilló Jennie—. ¡Es él!

—Sí, señorita —dijo la voz bronca del milagroso salvador, justo en el momento en que todo el edificio se desplomaba, en medio de un caos de pavesas, llamas y humo, que les hizo retroceder, corriendo a situarse en lugar más seguro, mientras las pavesas volaban por el aire, quemando sus manos y su rostro, sin que parecieran advertido siquiera.

—Dios mío… ¿Y «Silver Arrow»? —preguntó patéticamente Silas Haversham, corriendo hacia ellos—. ¿Y mi viejo y querido amigo «Silver Arrow»…?

El desconocido se volvió hacia él. Le miró largamente, con un destello de profunda tristeza en sus ojos pizarra, iluminados por el resplandor del fuego.

—Lo siento, señor… Lo siento mucho. Tenía que elegir entre uno de los dos… y elegí a «Boomerang», porque creí que era lo más justo…

CAPÍTULO V

El constable Haycroft, de la policía local, contempló en silencio las humeantes negras ruinas donde antes se alzaran las caballerizas de Silas Haversham. Un retén de bomberos de la localidad estaba apagando los rescoldos que aún quedaban por extinguir de modo definitivo.

—Una verdadera lástima, señor Haversham —suspiro el constable tristemente—. Sí, muy lamentable todo…

—La edificación es lo de menos —murmuro el viejo Haversham, que continuaba como ausente mirando sin ver lo que fuera su establo, los ojos opacos y distantes—. Lo peor ha sido lo demás…

Y sus ojos se clavaron ahora con profunda amargura en la hilera de mantas extendidas sobre el césped, bajo cada una de las cuales yacían los restos de un cuerpo equino calcinado por el fuego. Así, hasta un total de seis…

—Los caballos. Comprendo. Se ha quedado sin ninguno.

Ya no eran míos, constable. Pertenecían a mis acreedores No, no es eso. Lo doloroso es que un viejo y fiel amigo, «Silver Arrow», el caballo que marcó una época que merecía un descanso en su vejez… haya encontrado tan horrible muerte entre esas llamas. Pobre «Silver Arrow»… Una vida de triunfos, para un final tan trágico.

—La fatalidad no puede preverse, Haversham —sentenció el policía meneando la cabeza—. ¿No es cierto que salvaron, cuando menos, a algunos potros y al ganador de la prueba de los Yermos?

—Sí, es cierto. Un joven desconocido, un forastero, sacó de entre las llamas, con riesgo de su vida, a ese caballo. Todavía no entiendo cómo lo hizo…

—¿Un forastero dice usted? —el policía arrugó el ceño, volviéndose con viveza hacia el propietario del establo siniestrado —. ¿Quién, exactamente?

—No lo sé, constable. Es la primera vez que lo veo. Está con mi hija, cuidando de «Boomerang»…

—¿Dice que nunca le vio antes de ahora?

—Así es.
—¿Y qué hacía él aquí en esos momentos? Esta es una propiedad privada...
—No se lo he preguntado. Tenía otras cosas en que pensar, constable, como puede fácilmente suponerse. Vería el resplandor de las llamas, imagino.
—Sí, claro... —Haycraft se aproximó a las humeantes ruinas con aire pensativo—. Óigame, Haversham, ¿ha pensado en la posibilidad de que este incendio fuese... intencionado?
—¿Intencionado? —los ojos de Silas se abrieron enormemente —. Cielos, no. ¿Por qué habría de serlo, constable? Eso no tiene sentido...
—No sé. Es raro que se prendiera todo tan fácilmente... y por dos o tres sitios. Solo así se explica que el fuego se propagase con esa rapidez, y los caballos quedaron rodeados por las llamas en escasos minutos.
—Pero ¿quién podría desear destruir mis cuadras y mis caballos? Ya le he dicho que ni siquiera me pertenecían en realidad, que eran ya de mis acreedores. Del coronel Munro, en definitiva. Iban a llevárselos dentro de pocas hora.
—¿También a «Boomerang»? —indagó Haycraft con expresión astuta.
—Cielo, no. A «Boomerang», no. No está a mí nombre. Es propiedad de mi sobrina Jennie, que ha venido de Australia...
—Comprendo —el constable deambuló por entre las ruinas, sin importarle que el agua derramada por los bomberos salpicara sus ropas, y preguntó con voz calmosa—: ¿Guardaba algún material fácilmente combustible en las cuadras, Haversham?
—¿Materiales combustibles donde los caballos? Por Dios, claro que no. Sería temerario. Piense que había madera, heno... cosas fáciles de prender. Jamás deje en las cuadras nada que pudiera provocar un desastre.
—Pues la realidad parece ser muy otra, Haversham suspiró el constable, inclinándose y sacando algo de entre los escombros humeantes—. ¿Qué dice de esto?
Silas Haversham se aproximó a él. Contemplo, estupefacto el pequeño bidón de lata, arrugado y ennegrecido, que el policía sostenía entre sus dedos cuidadosamente. Ambos hombres se

miraron en silencio.

—Parece... —comenzó Silas.

—Sí Parece una lata de gasolina. No se aprecia bien su etiqueta, quemada por las llamas, pero despide un olor peculiar vea. Si no es gasolina, es algo que se le parece mucho...

Asintió Haversham, confuso, tras olfatear el objeto. Parecía como si le hubieran soltado de repente un mazazo en pleno cráneo, tal era su aturdimiento.

—No puedo entenderlo... —confesó.

—Yo tampoco. Haré examinar esto en el laboratorio. Si aparecen residuos de combustible, no habrá duda de que alguien derramó aquí una materia inflamable, para provocar el fuego. Creo que tendré que hablar con ese desconocido a quién usted se refirió antes...

Instantes después, el constable estaba ante el joven forastero de ropas y rostro ennegrecido, cabellos ligeramente chamuscados y algunas quemaduras en manos y brazos, que la propia Jennie estaba curando de momento con pomadas y apósitos. Timothy Dalton, junto a ellos, acariciaba lentamente la crin de «Boomerang», envuelto en mantas, y atado a una argolla del muro de la vivienda, todavía inquieto y asustado

—¿Es usted el hombre que salvó la vida a «Boomerang» con riesgo de la suya? —preguntó abruptamente Haycroft, apenas se aproximó al joven desconocido.

Este volvió hacia él sus penetrantes ojos grises. Asintió luego despacio con la cabeza.

—Sí, señor —dijo.

—¿Cuál es su nombre? —interrogó el uniformado policía.

—Fox. Brian Fox —dijo él.

—¿De dónde viene?

—De Birmingham.

—Eso está muy lejos. ¿A qué ha venido?

—Motivos de trabajo.

—¿Qué clase de trabajo?

—Soy entrenador de caballos de carreras. Estoy parado. Sé que aquí hay varias cuadras importantes, en Dartmoor. Quería buscar trabajo en esta localidad.

—Ya. De modo que es un parado.

—A la fuerza —sonrió irónicamente el llamado Fox.

—¿Qué hacía esta noche en esta propiedad privada?

—No estaba en ninguna propiedad privada, señor. Pasaba por la carretera vecinal cuando advertí el resplandor de las llamas y corrí hacia la edificación, al advertir que era un establo.

—Ya. Y arriesgó su vida por la de un simple caballo...

—Señor, mi oficio es cuidar de esa clase de caballos. Sé lo que vale un campeón. «Boomerang» lo es. Le vi correr en la carrera de los Yermos. Si era posible, no podía dejar morir a un animal así. ¿Es delito acaso intentar salvarle?

—No, eso, no. Lo que sí es delito, señor Fox... es quemar intencionadamente una propiedad ajena.

—¿Qué está diciendo? —saltó Jennie vivamente, con gesto de horror—. ¿Ha dicho intencionadamente?

—Eso dije, señorita Haversham.

—¿Se refiere a que ese establo pudo ser quemado por alguien a propósito? —terció Timothy Dalton, con aire de enorme estupor.

—Así es, señor Dalton —reafirmó Haycroft secamente.

—De modo que era cierto...

Vivamente, el policía se volvió al forastero. Brian Fox era el que había pronunciado muy lentamente esas palabras.

—Cierto... ¿el qué? —le interpeló con acritud a Fox.

—Lo que yo sospeché desde el principio. La rapidez con que se propagó el fuego, las distintas direcciones de donde partía... Tenía todas las trazas de ser un incendio provocado. Pero naturalmente, me abstuve de comentarlo.

—Parece ser usted un tipo muy listo, señor Fox —manifestó con sequedad Haycroft—. ¿No es posible que usted mismo prendiera fuego a ese establo, tras derramar en varios de sus puntos una lata de gasolina, y que luego representase el papel de héroe ante todos?

Los ojos metálicos de Fox centellearon, clavados en el policía.

—¿Y qué ganaría yo con eso? —preguntó, tajante.

—No lo sé. Quizá la gratitud de todos, ganarse su confianza... O simplemente, desviar de usted toda sospecha, cuando fue sorprendido cerca del establo por los demás.

—Temo que se equivoca en eso, constable —terció ahora Jennie con energía—. El señor Fox no estaba junto a las cuadras cuando salimos. Llegó después, precipitándose dentro para salvar a

«Boomerang».

—Pudo representar la comedia, señorita Haversham.

—¿Con qué beneficio? —le replicó ella, endureciendo su gesto.

—Eso aún no lo sé. Pero pienso averiguarlo.

—¿Me está acusando formalmente de incendiario, constable? —preguntó Fox—. ¿Estoy detenido?

—No. Todavía no. Pero no se aleje de estos lugares, Si lo hace, dictaré una orden de busca y captura por sospechoso de incendio provocado, señor Fox. De momento, no le acuso de nada. Solo expuse una posibilidad.

—Pues lo hizo con mucho realismo, constable —comentó Fox con sarcasmo.

—No sé si fue usted u otro quien prendió fuego a los establos; pero lo que es evidente es que una lata de gasolina apareció entre los escombros, y el señor Haversham asegura que jamás hubo dentro de las cuadras nada semejante.

—Eso es bien cierto, constable Haycroft —aseveró Jennie—. Solo un loco o un irresponsable dejarían en un lugar como ese una lata de materia inflamable.

—Lo cual confirma que la lata llegó allí de otro modo —sonrió Haycroft gravemente, cerrando su bloc de apuntes—. Bien, señores. Ahora ya nada puede hacerse aquí, lamentablemente. Me retiro. Pero como pueden suponer, el asunto no termina aquí, ni mucho menos. Alguien, por la razón que sea, quería ver muertos a sus caballos, señorita Haversham.

—Yo más bien diría, constable, que alguien quería ver muerto a «Boomerang» —sugirió fríamente Brian Fox.

El policía miró fijamente al joven forastero, arrugó el ceño, y al fin se encogió de hombros, iniciando su retirada.

—Es posible —admitió con sequedad—. Es posible…

* * *

—¡Matar a «Boomerang»! Eso es… eso es monstruoso, Jennie.

—Monstruoso o no, hay muchas probabilidades de que Fox tenga razón, tío —aseguró ella enfáticamente—. Los demás caballos, incluido el pobre «Silver Arrow», ni siquiera nos pertenecía ya, recuérdalo. ¿Quién podía tener interés en acabar con

unos animales que no eran ni siquiera tuyos, tío Silas? En cambio «Boomerang»…

—«Boomerang», señor Haversham, no solo es suyo, sino que es todo un campeón, un caballo portentoso —añadió Brian Fox—. Alguien, al verle triunfar en Dartmoor, ha pensado en deshacerse de él como sea, ya que no puede conseguir que sea suyo.

—¡El coronel Munro! —saltó vivamente Haversham.

—No se puede acusar a nadie sin pruebas, señor —le calmó Fox —. Eso es solo una posibilidad.

—¿Por qué no me añade a mí a la lista de sospechosos? —terció con agrio sentido del humor Timothy Dalton, mirando con escasa simpatía al forastero—. Yo también perdí en esa prueba por culpa de «Boomerang»… Y yo también soy un competidor del señor Haversham…

—¿Por qué no? —sonrió Fox, encogiéndose de hombros—. Usted es tan buen sospechoso como el propio coronel, señor Dalton. Pero no he venido aquí a acusar a nadie, sino que he aceptado la hospitalidad de la señorita Haversham, y les he hecho una simple sugerencia, eso es todo.

—No se preocupe. Fox —le calmó Jennie—. Dalton es un buen amigo y vecino. Estaba con nosotros cuando se originó ese fuego… Es de toda confianza.

—Usted sabe, señorita Haversham, cuántos intereses y pasiones se mueven en torno del mundo de los caballos de carreras —se expresó suavemente Fox, dirigiendo una mirada de disculpa a Dalton—. Yo no acuso a nadie ni insinúo nada. Ha sido el constable quien encontró una aparente evidencia de que ese fuego pudo ser intencionado, y yo me limité a sugerirles que «Boomerang» podía ser el objetivo real del incendiario, eso es todo. Lo que sí quisiera advertirles es que, en lo sucesivo, tengan mucho cuidado de ese caballo y le vigilen cuanto les sea posible para evitar que se repita un hecho semejante, con peor fortuna para él.

—En eso, debo darle la razón, Fox —apoyó Dalton, más calmado —. Habrá que cuidar muy especialmente de «Boomerang», por si acaso.

—Lo haré, no lo dude —Jennie miró con fijeza a Brian Fox—. Y creo que nadie podría hacerlo mejor que aquel a quién ahora le debe la vida.

—¿Qué quiere decir, señorita? —se sorprendió el joven.

—Usted dijo que es entrenador de caballos de carreras…

—Así es.

—Y que no tiene trabajo en la actualidad.

—Cierto.

—Ya lo tiene.

—¿Qué? —exclamó Fox, perplejo.

—Jennie, ¿qué dices? —protestó su tío vivamente—. No podemos pagar a nadie más lo que…

—«Boomerang» ganó sus primeras libras, tío. Con ellas pagaremos un entrenador. Si el señor Fox es eficiente en su tarea, seguirá con nosotros hasta hacer de «Boomerang» un gran campeón.

—Eso está aún por probar, con todos los respetos, señorita Haversham —señaló, dubitativo, el *jockey* Haymes, mirando a Fox con incertidumbre.

—Ni siquiera tiene referencias de él… —apuntó Dalton.

—Me tiene sin cuidado todo eso —sostuvo Jennie con energía—. Él salvó a «Boomerang» de morir, y eso basta. Asegura ser entrenador, ¿no? Bien. Pues que lo pruebe, y el puesto será suyo. Es decisión mía… a menos que tú, tío Silas, tengas algo realmente serio que objetar.

—Los colores con los que corre «Boomerang» son los de mis cuadras, pero el caballo es tuyo, después de todo. Es tu decisión, querida. Ojalá sea para bien.

—Estoy segura de que lo será —se volvió a Fox, que aún no parecía haber salido de su asombro—. Si no tiene inconveniente, se quedará esta noche aquí a dormir. Mañana, por la mañana, empezará los entrenamientos de «Boomerang», ¿de acuerdo? Luego discutiremos las condiciones del contrato.

—Señorita Haversham, es usted muy generosa y confiada —sonrió Fox con gravedad—. No voy a defraudarla, esté segura. En cuanto a las condiciones, no habrá el menor problema. ¿Cuándo corre de nuevo «Boomerang» en una prueba?

—La semana próxima, en Wessex —informó ella, rotunda.

—Ganará. Se lo aseguro.

* * *

Brian Fox cumplió su palabra.

«Boomerang» ganó la prueba de Wessex, sacando tres largos de ventaja al caballo mejor situado, en una recta final sumamente sencilla para sus condiciones. Haymes hizo una buena monta, y de nuevo los colores azul y amarillo de la cuadra de los Haversham lucieron la cinta y la copa del primer premio, así como las trescientas libras de premio al ganador.

—Una excelente carrera, Haymes —aprobó Fox, palmeando la espalda sudorosa del pequeño pelirrojo, cuando salía del trámite del pesaje tras la carrera—. Has montado muy bien a «Boomerang».

—Gracias, Fox —sonrió el *jockey*, agradecido—. Pero creo que el mayor mérito es suyo. Ha entrenado usted muy bien al caballo en estos días. Los pequeños defectos de su primera carrera se han ido puliendo.

—Aún queda mucho trabajo por hacer —objetó Fox—. Correr en Dartmoor o en Wessex no es como correr en Londres, en Epsom o en Ascott. Hoy los enemigos no eran de talla adecuada. Con un caballo fuerte en la pista, posiblemente no estaríamos celebrando ahora el triunfo, y no por culpa tuya. «Boomerang» falló en la segunda curva, y tú lo sabes.

CAPÍTULO VI

Timothy Dalton cambió una mirada con Desmond Haversham.

—Eso es trabajar duro —comentó el joven vecino, frotándose el mentón con su corta fusta de cuero trenzado, mientras mantenía sujeto por las riendas a su caballo.

—Yo diría que demasiado —gruñó Silas Haversham—. Está agotando al caballo...

—No lo crea. «Boomerang» es muy bueno, pero tiene defectos graves. Está intentando pulirlos. Ese muchacho, Fox, es un buen entrenador, no hay duda de ello.

—Sí, creo que tiene razón. Lo extraño es que estuviera sin trabajo en plena temporada, siendo tan bueno, ¿no cree? —apuntó Silas, pensativo.

—Sí, ya me había hecho esa pregunta a mí mismo antes de ahora —suspiró Dalton, moviendo afirmativamente la cabeza—. Cambiando de tema, ¿se sabe algo nuevo sobre el incendio de las cuadras?

—No, nada. El constable Haycroft me dijo que han comprobado en los análisis que esa lata contuvo gasolina. También un experto ha confirmado que el fuego se inició en tres puntos, exactamente, y los tres equidistantes.

—De modo que no hay duda. Fue intencionado.

—Sí, eso parece.

—¿Sin sospechosos?

—Sin sospechosos. Pero Haycroft ha vuelto a preguntarme por ese joven.

—¿Fox? —Timothy Dalton estudió, ceñudo, al joven que entrenaba en esos momentos a «Boomerang», en el verde prado cercano a la casa de los Haversham, haciéndole trotar de firme—. Supongo que haber conseguido trabajo tan fácilmente aquí habrá aumentado las sospechas del constable...

—Eso parece. No me extrañaría que imaginara que el fuego fue provocado para que al salvar a un caballo como «Boomerang» con

riesgo de su vida, le diéramos empleo en nuestra cuadra.

—Lo encuentro un modo bastante arriesgado de buscar trabajo, ¿no cree? —sonrió Dalton con escepticismo.

—Sí, es posible. Yo no quiero creer que ese muchacho sea culpable de algo así. Me gusta más imaginar que todo fue obra de ese maldito coronel.

—Ya ve. En cambio, según me dijo su preparador, Montague, el coronel Munro asegura que usted mismo debió provocar ese fuego para perjudicarle, dejándole sin los caballos que legalmente le correspondían. Incluso es posible que reclame las deudas contraídas por usted, alegando que él no tiene por qué renunciar a ellas por la pérdida de unos caballos que usted aún conservaba en su propiedad.

—Ese bribón es capaz de todo con tal de hundirme —farfulló Haversham, en el momento en que Fox, dando por terminada la carrera de entrenamiento, desmontaba, conduciendo por la brida a «Boomerang», en dirección a ellos. Desde otro punto, el *jockey*, Haymes, corrió a reunirse con Fox para cuidar del sudoroso animal adecuadamente.

—Ese caballo no tiene ya solamente, rapidez, Fox —dijo Timothy Dalton, sonriendo—. Le está usted convirtiendo en un animal que sabe dosificarse y va corrigiendo sus defectos a pasos agigantados.

—Es mi trabajo, ¿no? —comentó el joven, encogiéndose de hombros.

—Sí, lo admito. Pero, como todos, nunca pensé que fuese tan buen preparador. Y más, estando sin trabajo en plena temporada…

Fox entornó los ojos, tomando una indefinible actitud de cautela. No comentó nada al respecto, limitándose a pasar de largo junto a los dos hombres, al tiempo que explicaba:

—Tengo que cambiarme y asearme un poco. Les veré luego.

Fox se alejó con Haymes y el caballo. Dalton y Haversham le siguieron con la mirada. Luego se contemplaron el uno al otro.

—No pareció gustarle el tema —comentó Haversham, pensativo.

—Eso noté —admitió Dalton, pensativo, formándose un par de surcos en su amplia frente—. Raro, ¿no?

—Todo en él es raro. Su modo de aparecer, su actitud… Y, sobre todo, como usted bien ha dicho, Timothy, esa extraña circunstancia

de que, siendo tan buen preparador de caballos de carrera, estuviese sin empleo cuando se incendió mi establo…

Pensativos, ambos hombres siguieron su paseo por las cercanías de la pista de entrenamientos de la finca de Haversham.

* * *

El coronel Munro estrujó el periódico entre sus manos, soltando una sarta de imprecaciones malhumoradas. Paul Montague dejó de dar masaje a «Dragón», tras una carrera de entrenamiento, y arrugó el ceño, volviéndose a su jefe.

—¿Malas noticias, señor? —indagó.

—Las peores —refunfuñó el propietario secamente—. Ya viene en los periódicos.

—¿El qué, coronel?

—Las inscripciones para el Derby de Ascott. «Boomerang» figura entre los participantes.

—Después de lo de Wessex era de suponer, ¿no? —opinó Montague, sin dejar de deslizar el cepillo sobre la negra y lustrosa piel del mejor caballo actual en las cuadras del coronel Aubrey Munro:

—Sí, desde luego. Ese caballo me preocupa.

—Creo que van un poco precipitadamente. «Boomerang» es un buen caballo, pero es demasiado pronto para hacerle participar en un Derby, coronel.

—Ya veremos. He oído rumores de que ese nuevo preparador que tiene Haversham es muy bueno.

—¿Fox? Sí, parece que lo es. Pero nadie puede hacer milagros. «Boomerang» aún no puede ser campeón de un Derby, pese a sus facultades, estoy seguro.

—Yo no lo estoy tanto, Montague —rechazó agriamente el exmilitar—. Tendremos que preparar a fondo a «Dragón». No quisiera perder de nuevo un premio por culpa de ese animal. Esto no será una prueba provinciana sin relieve. Todos los ojos de los aficionados estarán pendientes de Ascott ese día.

—Sí, lo sé. Y eso que este año Su Majestad no puede estar presente en la prueba a causa de ese viaje real al extranjero…

—Pero estará en Epsom para el gran Derby. Y quiero que ese

día, mi caballo se presente como el campeón de Ascott y el favorito de la carrera más importante del año en el país, querido Montague.

—Lo conseguiremos, señor. Los McPherson no tienen posibilidades con «Esquire», ni la cuadra Gallagher con «Devil», ni tan siquiera Dalton con su «Empire», y ellos lo saben. Creo que todo estará entre «Dragón» y el caballo de los Williamson, «Shark».

—Y «Boomerang», naturalmente —silabeó Munro, con gesto torcido.

—Y «Boomerang», si usted lo quiere —suspiró Montague—. ¿No cree que empieza a obsesionarse con ese caballo, señor?

—Tengo mis motivos... —reflexionó el coronel, paseando junto a sus espléndidas cuadras—. He presentado una reclamación legal contra Haversham por el importe de esa deuda. Pero las diligencias de los juzgados son lentas. Si ganasen en Ascott, la cuantía del premio les bastaría para cubrir sus deudas conmigo sobradamente. No quiero que gane de ninguna de las maneras, ¿está claro? Por eso me obsesiona que ese caballo corra en el Derby.

—No tiene por qué preocuparse. «Dragón» está en plena forma. Y Murray es un *jockey* excepcional...

—Murray... —repitió Munro con aire pensativo—. En él estaba pensando ahora, Montague. ¿Es cierto que tiene malas relaciones con Haversham?

—¿Malas? —rio el exjockey—. Las peores del mundo. Inicialmente, corrió para su cuadra. Pero ya sabe usted cómo es Murray. Se embriagó un día y perdió una carrera importante. Haversham lo echó de sus cuadras violentamente. Desde entonces, no ha olvidado la afrenta, y odia con toda su alma al viejo Silas.

—Eso es lo que creía. Por otro lado, Murray tiene una esposa algo... casquivana, ¿no?

—Más que eso —la sonrisa de Montague se amplió, mientras guiñaba un ojo maliciosamente—. Es una mujerzuela en todo el sentido de la palabra. Y a él no parece importarle demasiado. Nunca ha sido un buen amante ni un buen esposo, la verdad.

—Ella, en cambio, es muy hermosa.

—Mucho. Y muy experta. Puede volver loco a cualquier hombre. A veces no entiendo a las personas como Murray. Con una mujer así, y él metido solamente en los caballos y en la bebida...

—Tal vez sea una suerte que las cosas estén así.

—¿Una suerte? —repitió Montague, frunciendo el ceño sin entender.

—Sí —sonrió ladinamente el coronel Munro—. Se me ha ocurrido una idea. Ese entrenador, Fox, es joven, ¿verdad?

—Sí, señor. Joven y bien parecido. ¿Por qué lo dice?

—Por nada —rio el coronel—. Es posible que en Ascott podamos deshacernos con cierta facilidad de ese entrenador de Haversham…

Y sin aclarar sus misteriosas palabras, se alejó hacia su vivienda. Montague le vio partir, meneó la cabeza y habló con el caballo, como si este pudiera comprenderle:

—Tu amo resulta muy raro a veces. Pero estoy seguro de que, si algo se le ha ocurrido, no puede ser nada bueno…

* * *

Faltaba poco para la prueba definitiva. La que había de hundir o elevar a la cumbre al caballo aspirante a campeón.

Brian Fox se mostraba nervioso, pese a su habitual apariencia serena, a su aire de persona enteramente dueña de sí. No podía evitarlo. Las horas previas a la carrera habían logrado minar sus nervios. Después de todo, «Boomerang» no era un caballo con veteranía suficiente para estar absolutamente seguro de su triunfo. Era muy rápido y fuerte, pero tenía defectos que aún no había logrado quitarle. Y eso era lo que más le preocupaba.

Eso y «Dragón».

Se había informado bien. El joven caballo de la cuadra del coronel Munro era un rival muy peligroso. Estaba en plena forma y podía vencer fácilmente, hundiendo todas las ilusiones puestas en «Boomerang» de un modo definitivo. Fox sabía que si eso llegaba a suceder, los Haversham nunca levantarían ya cabeza. El golpe sería demasiado fuerte para que el viejo Silas lo soportase. Jennie, su sobrina, volvería desilusionada a Australia, y allí habría terminado todo.

Sí. Muchas cosas dependían de ese Derby que iba a celebrarse solo unas horas más tarde en un Ascott repleto de público forastero que acudía, como cada año por esas mismas fechas, a la gran prueba hípica.

Y Fox se sentía tremendamente responsable de lo que pudiera suceder en el inmediato futuro.

Aplastó en el cenicero su enésimo cigarrillo y pidió otro Martini al camarero del bar del hotel. Luego echó una ojeada a la página del Times, donde los pronósticos de los técnicos señalaban a «Dragón» y a «Shark» como favoritos máximos, dejando para un tercer posible puesto a «Boomerang» o a «Empire». Había incluso una entrevista con los hermanos Williamson, propietarios de «Shark». Las apuestas estaban cinco a uno a favor de «Shark». Y en cuanto a «Boomerang», las tenía en el cómputo de los *bookmakers* en seis a uno en contra. Ciertamente, nadie parecía contar demasiado con el pura sangre australiano. Era la voz de los expertos.

Fox confiaba en romper el pronóstico. Pero no podía ignorarlo. Aquella gente sabía lo que se hacía.

—¿Le molesta que me siente aquí?

Alzó la cabeza. La mujer era rubia y llamativa. Vestía con cierta elegancia, pero quizás excesivamente provocativa para un lugar como Ascott. Su descote permitía ver el inicio de unos senos majestuosos, y sus largas piernas se iniciaban en unas caderas que el vestido acentuaba en exceso.

Miró a todos lados, con cierta sorpresa. El resto de las mesas del bar aparecía al completo. Ella sonrió.

—Como verá, no hay donde sentarse. Y vengo cansada de recorrer Ascott de un lado a otro, con todo ese gentío que atraen las carreras.

—Por favor, acomódese —aceptó galantemente Fox, señalando la butaca frente a él.

—Es muy amable —suspiró ella, aceptando la invitación. Se sentó, cruzando sus piernas, y Fox pudo descubrir su belleza hasta bastante más arriba de las rodillas—. ¿También usted viene a las carreras?

—Pues sí, en efecto —sonrió Fox—. No podría hacer otra cosa.

—Dichosos caballos… —movió su rubia cabeza de un lado a otro —. No parece sino que fuesen lo más importante del mundo.

Extrajo una pitillera de oro que abrió, tomando un cigarrillo. La tendió hacia Fox.

—No, gracias —rechazó este—. Ya he fumado demasiado,

señorita…

—Mildred —dijo ella—. Puede llamarme así, señor…

—Fox. Brian Fox.

Prendió el cigarrillo de la dama mientras observaba de cerca su rostro. Era terso y suave, de ojos azules muy vivos y maliciosos, graciosos hoyuelos en sus mejillas y una boca carnosa, de acentuada sensualidad. No iba demasiado maquillada, ni le hacía ninguna falta. Era una bella y atractiva mujer, pensó Fox.

—Lo cierto es que he venido a Ascott a ver a unos amigos —explicó ella volublemente—. Y no me ha sido posible encontrarlos. Esto parece una colmena.

—Habitualmente, es un lugar tranquilo y sosegado, donde se ve poca gente por sus calles recoletas. Pero hoy es un mal día para encontrar a alguien en Ascott, créame.

—¿Tan importantes son las carreras de caballos? —indagó ella ingenuamente, enarcando sus cejas.

—No lo sabe usted bien. El premio son miles de libras, se juegan muchos miles más en apostar, y un mundo millonario se mueve en torno a esos caballos que rivalizan en la pista. Solo estando dentro de él se comprende lo que es este mundo, señorita.

—Le dije que podía llamarme Mildred —sonrió ella. Pidió un combinado al camarero y fumó en silencio, contemplando a Fox con una mezcla de curiosidad e interés—. ¿Usted también juega dinero en las carreras, haciendo apuestas y todo eso?

—A veces, pero por ética solo puedo apostar por un caballo: el que yo preparo. Soy entrenador, ¿comprende?

—Oh, ya veo —abrió mucho sus azules ojos, con aire ingenuo—. De modo que forma parte de ese mundo fascinante que usted mencionó antes…

—Así es. Entreno a uno de los caballos participantes.

—¿Al futuro campeón quizá? —sonrió ella, maliciosa.

—Ojalá sea así. Todos los preparadores pensamos igual de nuestro caballo. Y los *jockeys*. Y los propietarios. No podemos apostar por otro. Sería jugar sucio. Y si ese otro caballo ganaba, se prestaría a equívocos muy graves que significarían un expediente contra el apostante.

—Siempre creí que las apuestas de caballos eran clandestinas.

—No, no. Eso ocurre en los Estados Unidos, apostando a

distancia a través de mafias y todo eso, pero no en Inglaterra, señori... Mildred —rectificó, con una sonrisa, que ella correspondió con otra más amplia.

—Creo que al final iré a esa carrera, Brian —confesó ella con cierta nota de entusiasmo en su voz—. ¿Podría conocer el mundo de los caballos por dentro?

—Bueno, puedo hacerla visitar las cuadras y ver a los caballos si a eso se refiere —asintió Fox—. Pero no es divertido para el profano, créame. Además, son lugares que suelen oler bastante mal...

Siguió la charla entre ambos. Algún tiempo más tarde, salían del hotel como dos buenos amigos, paseando hacia las instalaciones del hipódromo. Caía la tarde. Y al otro día, por la mañana, el Derby de Ascott haría llegar a su cénit la animación bulliciosa de las habitualmente apacibles calles de la pequeña población.

Tras la visita a las cuadras donde aguardaban los animales que habían de competir en las pruebas del día siguiente, ambos jóvenes regresaron al hotel. Ella parecía realmente entusiasmada con todo aquello que él la había mostrado. Al obsequiarle con una invitación para las carreras, ella le besó impulsivamente en las mejillas. Pero sus labios, como por simple azar, se posaron también en los de él fugazmente. Fox no pudo evitar un leve estremecimiento.

Aquel contacto húmedo y jugoso no podía ser sino agradable. La mujer era bella, seductora, llena de femineidad, y él hacía tiempo que, absorto en su tarea de preparar a «Boomerang», ni siquiera había pensado en las mujeres. Ahora, la proximidad de una hembra como aquella, cuyo cuerpo había notado pegado al suyo en algunos momentos de la tarde, no podía por menos que excitarle. Él también era humano. Y en el mundo había algo más que caballos.

—Es usted encantador, Brian —le elogió ella tiernamente—. ¿Cómo puede seguir soltero un hombre como usted?

—Supongo que por la misma razón que una mujer como usted sigue también soltera —rio él jovialmente—. ¿Qué le parece si tomamos una copa antes de cenar juntos y brindamos anticipadamente por el triunfo de «Boomerang»? Tal vez usted me traiga suerte, Mildred.

—Es la invitación más maravillosa que me han hecho jamás. Acepto encantada, Brian. Y estoy segura de que mañana su caballo

será el primero en pasar la línea de meta.

CAPÍTULO VII

No podía haber sido de otro modo.

Brian Fox despertó de madrugada. Miró a su lado, a la dormida Mildred, su compañera de aquel día... y de aquella noche. Una mujer hermosa, turbadora, ardiente y posesiva como pocas. Su encuentro en el hotel había terminado como tenía que terminar.

Ahora ella dormía profundamente. Fox la arropó con suavidad, sin despertarla. Meditó, tumbado boca arriba, mientras un leve resplandor externo se filtraba hasta la habitación del hotel por la ventana entornada.

Casi ni sabía cómo había sucedido todo. La copa, luego la cena, un poco de baile, otra copa... Y ahora esto. Inevitable, pensó. Era difícil dominar la tentación con una mujer como aquella al lado.

Era demasiado tarde y le esperaba un día de gran tensión y nerviosismo. Trató de dormirse de nuevo, pero le resultaba difícil. Aun así, cerró los ojos y se quedó inmóvil, aguardando la llegada del sueño.

Tal era su apariencia de estar profundamente dormido, que ella, al abrir los ojos y mirarle, minutos más tarde, le creyó en pleno sueño. Sonrió, saltando desnuda del lecho. Se cubrió a medias con una toalla del cuarto de aseo y, sigilosamente, se encaminó a la puerta.

Salió cautelosamente, tras dirigir otra mirada al dormido, y se alejó por el corredor, pisando de forma sigilosa, hasta llegar a una puerta donde introdujo una llave que llevaba consigo. Entró en la habitación, cerrando simplemente de golpe. Fue al teléfono y lo descolgó.

Pidió línea con el exterior a la centralita. Marcó un número y esperó. Al otro lado del hilo, sonó una voz apagada:

—¿Sí? ¿Quién llama?

—Soy yo, Mildred Murray.

—Oh, ¿usted? ¿Cómo va todo?

—Perfectamente —sonrió ella—. Mejor no podía ir. Me lo he

ganado por completo, coronel. Se cree que soy una ingenua que no sabe nada de nada sobre caballos.

—Entiendo. ¿Ha podido acercarse a «Boomerang»?

—Sí. Pero iba junto a mí y era difícil hacer algo. Le dio un terrón de azúcar y le acarició cariñosamente, eso fue todo. Espero que mañana, si voy con él de nuevo, antes de comenzar la carrera, como ha prometido, me permita a mí darle el terrón de azúcar. Lo tomaré de su mano y lo canjearé por el que llevo ya preparado.

—¿Cree poder hacerlo sin que se advierta?

—Tengo manos rápidas para los juegos —rio Mildred, burlona —. Lo lograré, no lo dude. Ese tonto se lo ha creído todo de mí. No sospecha nada, esté seguro. Cuando «Boomerang» haya tomado ese terrón, estará drogado para todo el día. No podrá correr. Y si corre, no sabrá ni lo que hace.

—Ya sabe que queda otro factor más para complicar a ese hombre y evitarnos problemas...

—Claro que lo sé. No tema. Todo quedará perfectamente resuelto. Si tiene algo que ocultar, todo va a salir a la luz pública cuando mañana termine el Derby. No volverá a entrenar jamás a un caballo. Esté seguro de ello.

—Perfecto, Mildred. Que haya suerte en el resto. Actúe con prudencia. Adiós.

—Adiós —dijo ella, colgando el teléfono.

Se volvió para salir de su propia habitación y regresar a la de Fox, donde pernoctaba junto a él.

—Muy bien, zorrita —dijo Brian Fox desde la puerta, mirándola fríamente—. ¿Y ahora vas a contarme con quién hablabas de ese asunto de «Boomerang» y de mí?

—¡Brian! —palideció ella intensamente—. Espera, no es lo que imaginas...

—¿No, eh? —silabeó él, rabioso, acercándose a la mujer—. ¿Crees que soy idiota? He oído perfectamente parte de esa interesante conversación. Ahora vamos a ir a la policía a poner en claro unas cuantas cosas, cariño.

—No, Brian, eso no... —suplicó ella, abriendo mucho sus azules y cándidos ojos.

—Claro que sí. ¿Conque pretendiendo drogar a mí caballo y comprometerme a mí en algo sucio hasta el cuello? Pues vas a

ponerlo en claro delante de la policía, encanto. Debí sospechar de tu juego. Era todo demasiado fácil para ser cierto…

—Brian, no todo fue mentira. Me gustas, eres un hombre atractivo, viril… Yo… yo ahora siento algo por ti y…

—Claro, claro —rio él, sarcástico—. Ya lo he notado por tu modo de hablar. Vamos, acabemos con esta farsa cuanto antes. Voy a llamar a la policía para que venga a arreglar las cosas de una vez por todas…

Avanzó hacia el teléfono, resueltamente. Pero no llegó muy lejos. A sus espaldas se había abierto la puerta sigilosamente. Un hombre asomó por ella. Y descargó, con todas sus fuerzas, ambos puños unidos, contra la nuca de Fox.

El preparador de «Boomerang» se desplomó como fulminado por un rayo. Mildred, aliviada, miró al hombre que acababa de aparecer.

—¡Trevor! —gimió al reconocer a su marido, el *jockey* Trevor Murray, de la cuadra del coronel Munro—. Menos mal que llegaste a tiempo…

* * *

Era un amargo despertar.

Brian Fox miró en torno suyo, preocupado. De alguna forma, había sido sacado sin duda del hotel, durante la noche, porque ahora se encontraba dentro de lo que parecía ser una furgoneta o pequeño camión de carga, herméticamente cerrado. En la cabina no había cargamento alguno, excepto su propia persona. Le habían atado concienzudamente para evitar que escapase de allí. Un esparadrapo se adhería, molesto, a su boca, impidiéndole gritar. El vehículo, evidentemente, estaba inmóvil. No se notaba vibración alguna ni el sonido de ningún motor.

Alarmado, se preguntó qué hora seria. Tenía las manos ligadas a su espalda y no le era posible ver el reloj. Maldijo mentalmente su estupidez. Había caído en una buena trampa, pero tan vieja como el mundo. Recordó sin dificultad, pese a la pesadez de su cabeza y al dolor que sentía atrás, en la nuca, los hechos anteriores a su pérdida de consciencia.

Había alguien que no se andaba por las ramas a la hora de poner

freno a «Boomerang». Si antes fue un incendio provocado, en el que el animal estuvo a punto de morir, ahora se trataba de un sucio intento para impedir que corriese la prueba de Ascott o, como mínimo, que la perdiese. El truco del terrón de azúcar con una droga tampoco era nuevo en el ambiente podrido que se movía entre bastidores de las grandes pruebas hípicas.

La hermosa mujer rubia, el engaño... y la aparición inesperada de alguien que le había reducido a la impotencia. Ahora tal vez era tarde para todo. Quizá incluso el mismo Derby había terminado sin su presencia en el hipódromo. Y no podía culpar de ello a nadie, salvo a sí mismo y a su ingenuidad al morder el anzuelo.

Logró dar una vuelta sobre sí mismo, dificultosamente, y gracias a su contorsión alcanzó a ver el reloj digital en su muñeca. Las siete treinta y dos minutos de la mañana. Y seguía funcionando.

El corazón le dio un vuelco. Faltaban poco más de dos horas para que comenzara la prueba de Ascott. Tal vez aún fuera tiempo para evitar que la fatídica droga acabase con las esperanzas de los Haversham y de él mismo. Ahora que él no podría conducir a Mildred hasta «Boomerang», ellos buscarían otro medio de hacerle ingerir la droga...

Forcejeó en vano con las ligaduras, sin conseguir nada práctico. El que le había atado sabía cómo hacerlo. A menos que ocurriera un milagro, no saldría de allí a tiempo para evitar lo peor. Y no creía que los milagros tuvieran nada que ver con el deporte hípico,

Pero no se conformaba con la pasividad. No esperaría pacientemente a que todo terminara. Haría lo imposible por llegar a Ascott a tiempo. Lo imposible.

Y comenzó a hacerlo resueltamente, con fría decisión. Con otra contorsión de su flexible, elástico cuerpo, pudo situar su cabeza entre ambos pies. Le habían sacado desnudo del hotel, solo con el pantalón de pijama que llevaba al sorprender a Mildred telefoneando a quién la había encargado el sucio trabajo. Por eso disponía de los dedos de sus pies libremente. Comenzó a hurgar con ellos, trabajosamente, el esparadrapo adherido a su boca. El dedo pulgar, por ser el que tenía más dura y ancha la uña, fue el que soportó más activamente en el desesperado esfuerzo.

Consiguió introducir la extremidad de la uña entre su carne y el esparadrapo, arañando la epidermis. No le importó demasiado,

Totalmente doblado sobre sí mismo, sus pies flexionaron hacia dentro, atados por los tobillos, forcejeaban con la tira de esparadrapo. Logró despegarla casi del todo. Respiró hondo, cambiando de postura un rato, para no agotarse demasiado pronto. Después, nuevamente con su acrobática contorsión, llegó con sus dientes a las ligaduras de los tobillos. Y comenzó a morder rabiosamente sin importarle que las fibras de la cuerda se clavaran en sus labios y encías hasta sangrar.

Cuando tuvo convertida la ligadura en una serie de hilachas en un punto concreto, mordisqueando con insistencia, tiró de ella. La cuerda no cedió al primero ni al segundo impulso. Pero sí al tercero.

Ya tenía libres sus pies y sus piernas. Se puso en pie, luchando contra el entumecimiento de sus músculos. Por tortura, Fox era un hombre bien entrenado físicamente. Una vez recuperado, se movió por toda la cabina de carga del vehículo. Era metálica y, por lo tanto, difícil de abrir desde dentro. Y menos teniendo las manos ligadas a la espalda. Pero tenía que haber alguna razón para que le hubieran amordazado. Seguramente el hecho de que no lejos de allí podía haber gente que le oyera.

Comenzó a patear con energía, furiosamente, la parte trasera de la furgoneta, cuyas dos puertas sin abertura aparecían cerradas y aseguradas desde fuera, sin duda alguna. Sus pies hicieron retumbar la chapa metálica sordamente. Al mismo tiempo, comenzó a emitir gruñidos, que finalmente pudo convertirse en gritos, mientras el esparadrapo iba cediendo en su presión sobre un lado de la boca, casi totalmente. Y todo ello sin cesar un momento en su pateo de las paredes del vehículo, que temblaba bajo los impactos de sus pies.

Tal vez después de diez minutos largos de ese empeño, una voz sonó fuera, ásperamente.

—Eh, ¿qué diablos ocurre ahí dentro? ¿Quién golpea de ese modo?

—¡Por favor! —clamó Fox, poniendo todas sus energías en su ronca voz fatigosa—. ¡Sáqueme de aquí, pronto! ¡Me tan encerrado en este vehículo contra mi voluntad! ¡Avisen a la policía! ¡Pronto, necesito salir! ¡Estoy atado y no puedo valerme por mí mismo!

—Oiga, ¿no es una broma de mal gusto? —insistió la voz anterior, recelosa.

—Le aseguro que no —jadeó Fox—. Hagan algo, pronto. Es un

secuestro, se lo juro.

—Está bien, no se mueva. Voy a intentar abrirle esta puerta con ayuda de alguien. Luego, si quiere, avisamos a la policía.

—Bien, pero dese prisa. Es importante.

Oyó rumor de voces. Luego, empezó un forcejeo con el vehículo, a medida que intentaban fracturar la puerta posterior. Les costó trabajo. Pero, finalmente, una hoja de metal se abrió, y varios hombres asomaron, sudorosos, empuñando barras de hierro, en la entrada de la furgoneta. Le miraron, curiosos.

—Vaya, parece que era verdad... —murmuró uno, con alivio.

Entraron, desatando a Fox. Este le dio las gracias y salió del vehículo. Comprobó que habían aparcado el vehículo una furgoneta comercial color azul oscuro, en una carretera vecinal, en las afueras de Ascott. Una serte de granjas y prados rodeaban el lugar del aparcamiento. La presencia de mucha gente en aquellos lugares, a causa de las carreras de caballos, había sido providencial para Brian Fox que, tras frotarse las laceradas muñecas, aceptó la oferta de un hombre para ser conducido al centro de Ascott, al hotel, donde podría vestirse adecuadamente, antes de denunciar los hechos a la policía local.

Así lo hizo Brian, partiendo luego hacia el hipódromo sin pérdida de tiempo. Eran ya las nueve y cuarto de la mañana y a esas horas ya llevarían bastante tiempo en los *boxes* de caballos el resto de los preparadores, *jockeys* y propietarios.

Según la policía, la furgoneta había sido robada aquella misma noche en un comercio de Ascott. En cuanto a Mildred, la misteriosa mujer descrita por Fox, nada pudieron saber de momento, aunque se inició su búsqueda por toda la población, en tanto dos agentes se disponían a proteger a «Boomerang» antes y después de la prueba.

* * *

El hipódromo de Ascott resplandecía aquella mañana levemente soleada, en la que una ligera brisa húmeda agitaba los gallardetes y adornos del recinto deportivo, acariciando suavemente la hierba jugosa, de intenso color verde.

Todo estaba dispuesto para la gran prueba. Una de las carreras que completaban el programa, exactamente la tercera, tenía lugar

en esos momentos. La curiosidad de los espectadores que llenaban las gradas, tribunas y todo el recorrido de la prueba, era en estos momentos más moderada, puesto que todos esperaban, impacientes, el plato fuerte del día: el Derby.

Aunque se echaba en falta la presencia de la familia real en el palco de honor, no por ello la fiesta prometía ser menos brillante. Damas de la mejor sociedad paseaban por el hipódromo, y caballeros de impecable chaqué y lustroso sombrero de alta copa conversaban entre sí o formando corros con los *bookmakers*, para conocer el estado de las apuestas. Las taquillas para los boletos aparecían repletas de público que apostaba a sus favoritos respectivos con la febril esperanza de acertar el pleno.

En los *boxes*, *jockeys* y caballos aguardaban, con la tensa espera habitual en tales trances. Cada uno con su montura, junto al preparador o propietario, con sus esperanzas aún intactas, a la espera del momento de la verdad, cuando se abriesen los cajones de salida y partieran, como centellas, en pos de la soñada victoria.

Cerca de «Boomerang» conversaban Silas y Jennie Haversham con su *jockey*, el menudo y pelirrojo Percy Haymes, y el preparador, Brian Fox. Pronto el caballo tendría que quedarse a solas con su jinete, para el ritual del pesaje previo a la carrera, conforme era el reglamento. Y se ultimaban instrucciones en torno al caballo, como sucedía con todos y cada uno de los contendientes.

—Temimos que no llegase a la prueba, Fox —comentaba Jennie en esos momentos, con la voz todavía algo alterada por la imprevista tardanza de su joven preparador.

—Yo también —admitió gravemente él—. No debí dejar que ocurrieran ciertas cosas, lo admito.

—¿Se sabe algo ya de esa tal Mildred? —quiso saber Silas Haversham, mirando de soslayo a los dos agentes de policía que, para su tranquilidad, impedían que ningún extraño se aproximase al *box* de «Boomerang».

—No creo. La policía nos informará cuando lo sepa —suspiró Brian—. De momento, solo sabemos que es rubia, muy hermosa, de ojos dulces y carente de todo escrúpulo. Y que trabaja para alguien.

—Mildred… Es curioso —comentó el *jockey* Haymes, pensativo.

—¿Curioso? —Fox se volvió hacia él—. ¿Por qué dices eso?

—Oh, será simple coincidencia, claro. Pero Murray, el *jockey* del

coronel Munro, tiene una esposa llamada así... Claro que ella no es rubia ni tiene los ojos azules.

—¿Cómo es realmente? —se interesó el entrenador.

—Bueno, muy atractiva. Y se hablan muchas cosas de ella, ninguna demasiado buena. Es de cabello castaño, ojos grises o algo así...

—Un cabello se puede teñir. O usar peluca —meditó en voz alta Jennie, mordiéndose el labio inferior—. En cuanto a los ojos, hoy en día hay lentillas de todos los colores. No es difícil cambiar el aspecto general de una persona, si interesa que su descripción no sea demasiado delatadora.

—Usted tiene razón, Jennie —asintió Fox gravemente—. Puede ser esa mujer. En cuyo caso, su patrón sería sin duda el coronel Munro... o su propio esposo.

—Maldito Munro —mascullo Silas Haversham, furioso—. Esto huele a cosa suya, seguro.

—Pero no tenemos evidencias sólidas como para impugnar a un *jockey* e impedir que participe en la carrera —reflexionó Fox, preocupado—. Sin embargo, si ganan ellos la prueba, podremos impugnarla si probamos que los Murray formaron parte del complot.

—No me gustaría apuntarme así el triunfo —se quejó Silas.

—A mí tampoco. Pero quien juega sucio debe tener su castigo, después de todo. Esperemos que no sea preciso, sin embargo. Estamos aquí para ver triunfar a «Boomerang».

—Confianza no le falta —musitó Silas, nervioso.

—Yo siempre tengo fe en la victoria. El caballo que preparo es mi favorito en todas las ocasiones. Pero en esta no es solo por un simple principio de entrenador, sino que afirmo que «Boomerang» puede ser el campeón... y lo será.

—Dios lo quiera —susurró Jennie, apoyando una mano en el brazo del joven—. Yo también tengo fe en el caballo, en Haymes... y en usted.

Timothy Dalton les saludó desde fuera del *box*, al pasar con su propio caballo, e hizo un gesto jovial hacia los dos agentes que montaban guardia.

—No me dejan pasar, pero desde aquí les deseo suerte, Jennie —dijo, riendo.

—Muy amable, Timothy —sonrió ella—. Que «Boomerang» gane la carrera y su caballo «Empire», quede el segundo. Ese es mi mayor deseo.

—Pues me conformaré si se cumple —aseguró Dalton ríen do, mientras se alejaba hacia el pesaje, detrás de su *jockey* y su caballo.

—A propósito, ¿dónde está Desmond? —quiso saber Silas, mirando impaciente hacia el exterior—. Aseguró que llegaría a Ascott con tiempo para apostar en la carrera y ver correr a «Boomerang».

—No lo sé, tío, pero no me fío demasiado de que apueste por «Boomerang» —objetó su sobrina—. Tío Desmond es un hombre muy raro. Parece disgustarle que ganemos nosotros.

—Desmond ha sido siempre muy extraño en su comportamiento. Si te he de ser sincero, siempre pensé que tenía envidia de los éxitos de mis caballos, solo porque las cuadras eran obra mía exclusivamente y él no sirve para esas cosas.

—Seguro —afirmó Jennie—. Envidia, eso es lo que me parece que domina a tío Desmond. Peor para él, supongo… Bien, creo que nos llama al pesaje—. Adelante, Haymes.

Jockey y caballo iniciaron la marcha, escoltados por los dos agentes de policía en medio de una regular expectación. Después de todo, pese a la bella estampa de «Boomerang», no era favorito ni mucho menos.

—Ahora —susurró Brian Fox, frotándose nerviosamente los dedos de ambas manos entre sí— todo queda en manos del Destino.

Silas Haversham no dijo nada. Muy pálido, respiró hondo, mientras fuera, en la pista, los rumores y aplausos del público denunciaban el final de la prueba tercera del día.

La siguiente era el gran Derby de Ascott.

CAPÍTULO VIII

Y el Derby comenzó.

Los cajones de salida se abrieron. Doce caballos salieron disparados, como proyectados por una catapulta, pista adelante, en medio del general clamor de los aficionados hacinados ahora en todas las localidades existentes en el recinto hípico.

Hombre y caballo en perfecta conjunción, como modernos centauros, iniciaban su batalla sin cuartel para alcanza: la victoria en el largo recorrido de una de las pruebas más importantes de Gran Bretaña y del mundo.

El vivo colorido de gorras y chaquetillas de jinetes inclinados sobre el cuello del animal, manejando expertamente: las bridas, era como un impresionante cuadro de policromados contrastes, teniendo como fondo las verdes campiñas de Ascott y el ambiente único del hipódromo.

Primero formaron los caballos un compacto pelotón que avanzó haciendo temblar el suelo con el redoble de sus cascos en la tierra y la hierba de la pista de competición. Momentos después, con mucha lentitud al principio, pero de forma más ostensible a medida que transcurrían los segundos, se iba distendiendo la formación, estirándose el pelotón de forma clara, a medida que unos se rezagaban y otros iban cobrando ventaja, en impetuoso *sprint* inicial.

Flexionados sobre el lomo de sus monturas, los *jockeys* componían en su marcha vertiginosa una estampa impresionante y bella, donde el esfuerzo físico y la tensión mental se armonizaban para dar la estampa de un afán común, de una meta anhelada a la que tenían que llegar con el poder elástico de los músculos de sus monturas y con la habilidad e inteligencia de ellos, los jinetes, capacitados para encauzar es esfuerzo en una dirección concreta y definitiva: la victoria final.

Percy Haymes, ligeramente alzado sobre la silla, apoyando su menudo y fibroso cuerpo en los estribos, conducía a «Boomerang»

con toda la pericia y el corazón de que era capaz. Pero enseguida se dio cuenta de que iban mal colocados de salida, y que por dentro se le habían colocado ya tres caballos, pasándoles en la primera gran recta. Al alcanzar la primera curva, en dirección a las tribunas, «Boomerang» ocupaba un decepcionante quinto lugar entre el pelotón, algo despegado del grueso de este, que cabalgaba detrás, pero demasiado distante también de los de cabeza, que eran, por este orden, a juzgar por los dorsales que le era permitido vislumbrar, el caballo «Dragón», del coronel Munro; «Shark», de los Williamson; «Empire», de Timothy Dalton, y un desconocido o poco menos, «Capricornio», de la cuadra McDougall, de Edimburgo.

En la tribuna, Jennie, Silas y Fox contemplaban decepcionados el inicio de la gran prueba, donde desde un principio, «Boomerang» no daba la talla de su capacidad y de sus condiciones. A su alrededor, las gentes que apostaban por «Dragón» o «Empire» clamaban con entusiasmo. En otro punto de la tribuna, sonreía satisfecho el coronel Munro, a quién comenzaban a dar ya palmaditas de felicitación sus vecinos.

—Pero, ¿qué le pasa? —clamó Silas Haversham, al notar que otro caballo, partiendo del rezagado pelotón, le iba a dar caza a «Boomerang», con muchas posibilidades de emparejarse con él e incluso de rebasarle, si tomaba mal la recta de la tribuna, en la primera vuelta—. ¡Va a perder toda posibilidad de triunfo si sigue así!

—No toda la culpa es suya —comentó Fox, arrugando el ceño—. Los demás han salido muy fuertes.

—¿No crees que Haymes se ha equivocado al mostrarse tan conservador en la salida? —opinó Jennie, algo pálida, aferrándose al brazo con fuerza.

—Es posible. Pero lo cierto es que los demás también están bien preparados y son buenos caballos. Esto es un Derby. Jennie, no la carrera de los Yermos o cualquier otra prueba provinciana. Aquí luchan los mejores y nadie sale ganador de antemano, por muy favorito que sea. La calidad auténtica hay que demostrarla ahí, en la pista, Yo juraría que «Dragón», pese a ser un magnífico caballo, tiene menos posibilidades de ganar que «Empire».

—¿El caballo de Timothy? —se sorprendió Jennie.

—Sí, en efecto. «Empire» es un animal excepcional. Me asombra

que esté tan fuerte y tan bien preparado… Ni siquiera Dalton parecía confiar demasiado en él. Véalo. Va a emparejarse con «Dragón». Y en pocos segundos lo pasará seguro.

Así fue. Cuando pasaban ante las tribunas, en medio de un clamor de la multitud, tuvo lugar el dramático lance «Dragón» parecía sufrir un ligero bache en su espléndida carrera. O tal vez, como apuntara Fox, «Empire» era mucho más caballo de lo que todos pensaban. Lo cierto era que no solo se situó a su nivel ante la tribuna, sino que lo rebasó en medio largo un instante después, tomando el animal de Dalton la cabeza de la carrera. El coronel Munro palideció intensamente, encajando las mandíbulas. Dalton, en su sitio, se limitó a sonreír.

Entretanto, «Boomerang» había logrado despegarse del caballo que le iba a la caza, dejándole bastante atrás. Pase ante las tribunas bastante próximo a «Capricornio», cuya ventaja iba viéndose reducida por momentos.

Así se inició la segunda y decisiva vuelta al circuito del hipódromo de Ascott, en la que se tendría que decidir la gran carrera de un modo u otro. En pocos momentos, nadie entre el público, ni siquiera los expertos, hubiesen podido apostar en favor de uno u otro. La tensión era total en el recinto. Para los *bookmakers*, la cotización de «Dragón» descendía, hasta situarse solo en un dos a uno respecto a «Empire» y un tres a uno respecto a «Shark». Pero si la carrera continuaba con esa tónica, alcanzaría la par en unos instantes.

Y así era. El *jockey* de «Dragón» estaba forzando a su caballo. En la curva logró recuperar algo de terreno. Los dos caballos, virtualmente emparejados, formaban una cabeza endemoniadamente fuerte, de la que, paulatinamente, «Shark» se veía desplazado, perdiendo algo de terreno en favor de «Capricornio». Pero este ya tenía pegado a su cola a «Boomerang», que iba recuperándose, aunque lentamente, del bache inicial. Haymes, virtualmente en pie sobre los estribos, agazapado sobre el cuello del animal, animaba a este con voz ronca, sometido a la máxima tensión. Si antes de otra recta no lograba rebasar a «Capricornio», habría que ir pensando en renunciar no solo a la victoria, sino situarse colocado al final de la prueba.

Brian Fox mantenía clavados los ojos en la distancia, a través de

los binoculares, lo mismo que Jennie y Silas Haversham. La curva se aproximaba. Y pese a sus titánicos esfuerzos, ni Haymes ni «Boomerang» conseguían sus propósitos de pasar, cuando menos, a un esperanzador cuarto puesto, de cara a los últimos mil metros de carrera, donde debía resolverse la disputa final a cara o cruz.

A espaldas de los Haversham, una voz sonó irónica, al tiempo que una mano palmeaba suavemente la espalda de Silas:

—Veo que vuestros sueños son como castillos de arena cuando sopla el viento, querido Silas… Esta vez hice bien en apostar contra tu caballejo, ¿no? Todo cuanto aposté por «Dragón» y por «Empire» en una doble apuesta a ganador y colocado. Parece que puedo embolsarme un buen pico, ¿eh?

Lívido, Silas Haversham se volvió hacia su primo Desmond, que sonreía burlón, manipulando con displicencia su bastón, mientras la mano enguantada seguía apoyada en el hombro de su pariente.

—¡Tío Desmond! ¿Cómo puedes ser tan vil? —le reprochó su sobrina con violencia—. ¡Me da asco tu comportamiento!

—Déjalo, Jennie, querida —silabeó el viejo Silas—. Desmond es basura, pese a su aire de caballero. Solo se merece desprecio… ¡y esto!

Inesperadamente, sin que ni Jennie ni Fox pudieran preverlo, el puño derecho del propietario de la cuadra Haversham salió disparado, estallando contra la mandíbula de su primo. Desmond pareció repentinamente ebrio. Se tambaleó, sus ojos se vidriaron, su cara se puso pálida y cayó de espaldas entre el público, como fulminado.

Brian Fox sujetó rápidamente a Silas, tratando de calmarle, mientras Jennie aprobaba con un enérgico movimiento de cabeza la actitud de su tío.

—Bravo, tío Silas —dijo, complacida—. Se lo estaba mereciendo hace tiempo…

—Serénese, señor Haversham —le pidió Fox. Luego, por encima del hombro del irritado propietario, vislumbró lo que estaba sucediendo en la pista de carreras, allá en la curva distante. Un grito escapó de sus labios—. ¡Mire, mire eso! ¡«Boomerang» acaba de situarse en cuarto puesto y va a la caza de «Shark»!

Incrédulos, Jennie y su tío se volvieron hacia la pista, mientras Desmond era retirado de allí por unos espectadores, en dirección a

los servicios sanitarios del hipódromo.

Era verdad.

«Capricornio» había quedado definitivamente atrás, rebasado por el interior, pegado «Boomerang» a la valla, y ya rozando con su cabeza a la cola de «Shark», cuyo *jockey* miraba hacia atrás, alarmado, al advertir la imprevista presencia de su adversario, mucho más fuerte y seguro ahora en su galope, mantenido un ritmo endiablado pero preciso y agotador para los demás.

Ante el pasmo general, «Boomerang» comenzó a pegarse a «Shark», emparejándose con él cuando enfilaron la larga recta distante de la tribuna. En la otra curva inmediata, «Boomerang» estaba ya tercero, con un agotado «Capricornio» perdiendo terreno ostensiblemente a sus espaldas.

Delante de «Boomerang» solo había ya dos caballos, emparejados entre sí: «Empire» y «Dragón». El público sabía que iba a asistir a unos últimos mil metros realmente apoteósicos, con un «Boomerang» tercero, pletórico de fuerza y moral, y dos caballos favoritos destacados, pero ligeramente mellados ya por su titánico esfuerzo anterior.

Percy Haymes sabía que ahora no había cuartel ni respiro. O ganaba todo el terreno perdido antes de la siguiente curva, o en la lucha final solo podía aspirar ya al tercer puesto, dejando los honores para los otros dos rivales. Y eso era algo que ni el pelirrojo Haymes ni su montura parecían dispuestos a conceder sin luchar.

Timothy Dalton ya no sonreía. Tenso, algo nervioso dada su habitual imperturbabilidad, se inclinaba hacia adelante en el asiento, pendiente del duelo entre los dos favoritos, al que ahora, de repente, se unía la poderosa cabalgada del tercer enemigo a batir, el australiano pura sangre de Jennie Haversham. Se mordió el labio inferior, alarmado.

Por su parte, el coronel Munro era un manojo de nervios descompuestos, tras la máscara iracunda de su semblante. Ya no solo veía el peligro cierto en «Empire», sino que sus ojos vidriosos se clavaban en «Boomerang», que empezaba a ser para él como una obsesión. Una vez más, su sombra se proyectaba en lo que poco antes había parecido una victoria fácil para sus colores.

En la curva final del circuito, la lucha de los tres caballos era ya apoteósica, impresionante. Nunca el espectáculo magnífico de la

pista de un hipódromo había tenido a la vez tanto dramatismo y belleza plástica. Tres titanes de la carrera, tres auténticos centauros ansiando la victoria final, pugnaban en un duelo feroz y hermoso, el sol haciendo brillar la piel sudorosa de los animales y los colores fulgurantes de las chaquetillas y gorras de los jinetes.

«Empire» parecía estar ganándole la baza decisiva a «Dragón». Se ponía en primer lugar, acentuando paulatinamente su ventaja. Primero una cabeza, luego medio largo... Antes de terminar la curva, la ventaja del caballo de Dalton era de un largo completo. Y parecía ir a más. El caballo de Munro se desmoronaba como un terrón de azúcar hundido en agua.

Y «Boomerang», con el que nadie contara en principio, estaba dando alcance a «Dragón».

El *jockey* de este, rabioso, exacerbado por la victoria que se le iba a escapar definitivamente en aquella curva, forzó cuanto le era posible a «Dragón». Trató de ganar algo de terreno, de enjugar la ventaja de «Empire», en medio de un silencio impresionante de todo el hipódromo.

Lo logró. Por unos instantes, pareció que el caballo del coronel podía recuperar lo perdido y derrotar a «Empire». Tal vez lo hubiera acabado por lograr. Eso es algo que jamás llegó a saberse.

Porque de pronto, el drama surgió en la pista. El caballo, algo forzado, metido entre «Empire» y la valla, tomó mal la salida de la curva. Sus patas perdieron el equilibrio, golpeó la valla.

Hubo un clamor en el recinto deportivo cuando «Dragón» empezó a caer, entre una polvareda. Su jinete salió despedido por encima de la cabeza del animal. Este luchó por mantenerse en pie y seguir cabalgando sin jinete, como acostumbraba a suceder en tales trances al desmontar el animal a su caballero. Pero no lo logró. Cayó también dando una voltereta, golpeando a su caído jinete, y cruzándose peligrosamente en la ruta que impetuosamente seguía «Boomerang», lanzado como una flecha en pos de la cabeza de la carrera.

Durante un dramático e interminable segundo, pareció que también «Boomerang» iba a caer, arrastrando consigo a Haymes, y perdiendo así, definitivamente, toda opción a la victoria. Hubo un grito colectivo en la multitud. Los Haversham y Fox se pusieron en pie, crispados y lívidos.

Después, milagrosamente, la tragedia se salvó.

Las patas de «Boomerang», ágilmente, saltaron por encima del compañero caído, y tras el limpio salto prosiguió su carrera imparable, con Haymes también demudado y sudoroso, pegado cuanto podía a su silla para no caer.

Se había evitado la caída fatal. Continuaba la marcha vertiginosa de «Boomerang», a la caza de «Empire».

Estaban en la recta final. Solo unos cientos de metros, y uno de los dos tenía que cruzar la línea de meta. El duelo, ahora, quedaba circunscrito a solo dos nombres: «Empire» y «Boomerang». El orden de llegada de ambos, ya sin perseguidor próximo a ellos, era todo lo que había que dilucidar.

Todo el hipódromo en pie, asistía a la más emotiva prueba imaginativa, a un final de carrera espectacular y grandioso. Yarda a yarda, pulgada a pulgada, las patas veloces de ambos animales disputaban el terreno sin concesiones, en una batalla en la que nadie renunciaba a nada. Haymes veía aproximarse por momentos la figura de «Empire». Estaba ganando terreno, emparejándose con «Empire» de modo inexorable. El *jockey* de este ya giraba la cabeza hacia atrás, mirando vidriosa, turbiamente, al que iba en su caza. Parecía perplejo, desorientado. Y pese a sus esfuerzos, era evidente que el esfuerzo sostenido durante toda la carrera para alcanzar la cabeza había sido ya las reservas del animal. «Empire» comenzaba a ser menos poderoso en el *sprint* final.

Cuando el giratorio indicador de la meta apareció ante los ojos de ambos *jockeys*, los dos caballos estaban emparejados. Ni una pulgada sobrepasaba el uno al otro. Sería preciso, sin duda, la fotografía de llegada, para determinar al ganador, si todo seguía así.

Ya era solo ciento cincuenta yardas la distancia. Y el emparejamiento continuaba. Ambos jinetes azuzaban a sus caballos a punta de látigo, la mirada puesta en la meta, la tensión a tope…

Y, de repente, en las últimas cincuenta yardas, «Boomerang» tuvo su genialidad. Haymes había aprendido esa lección de Brian Fox, su preparador. En los últimos instantes de carrera, recordó lo que le dijera el entrenador. Y lo puso en práctica.

Dejó de espolear con el látigo a su montura. Justo a su oído, le gritó animoso:

—¡Vamos, «Boomerang», ya es tuyo! ¡Tienes que ganar sin lugar

a dudas! ¡Gana, caballito, gana!

«Boomerang» hizo lo que hacía en los entrenamientos cuando Fox le decía justamente esas palabras junto a la oreja.

Se disparó, en un repentino galope frenético, que solo podía ser mantenido unos segundos, y sus patas finas y elásticas parecieron alas. El caballo australiano voló virtualmente sobre la pista, en un *sprint* asombroso, que le llevó a cruzar la línea de meta, entre un rugido incrédulo de la multitud, con más de una cabeza de ventaja sobre un «Empire» que, seguro de llegar a término totalmente emparejado, no había forzado esa llegada como lo hiciera «Boomerang».

Un clamor acogió el desenlace de la carrera. Ya no hacía falta la fotografía de llegada para decidir el ganador. El nombre del mismo aparecía ya en el marcador electrónico. Los locutores gritaban su nombre por los altavoces y por las emisoras de radio o la televisión conectada al espectáculo hípico.

¡«Boomerang»!

«Boomerang» había ganado el gran Derby de Ascott.

CAPÍTULO IX

—¿Qué puedo decirle, Jennie? Mi felicitación más sincera, junto con mi mayor decepción de muchos años...

—Gracias, Timothy —sonrió ella, tomando con afecto la mano del caballeroso perdedor—. Esta forma de perder le honra. Pero «Empire» mereció también ser campeón.

—Por desgracia, solo puede existir un campeón, y ese ha sido «Boomerang», con todos los honores, Jennie —sonrió algo forzado Dalton, todavía pálido por la emoción sufrida—. Ha llegado el momento que tanto soñaron. El principio de una época mejor para ustedes. Lo merecen, la verdad.

Dígame, Jennie, ¿podríamos celebrar usted y yo esta noche la victoria de su caballo? Me encantaría poderla invitar a cenar...

—Acepto complacida, Timothy —sonrió ella a su vez dulcemente—. Estaré lista a las siete y media, en el hotel. Ahora creo que voy a descansar un poco, tras atender a los periodistas y a la televisión...

—A las siete y media pasaré a buscarlas —dijo Dalton, inclinándose cortés ante ella, antes de alejarse con su decepción a cuestas, camino de los *boxes*, para reunirse con su caballo y su personal.

Brian Fox se acercaba ya a Jennie. Llegó a tiempo de oír las últimas palabras. Miró con cierto desencanto a la muchacha.

—Veo que llego tarde —suspiró—, iba a proponerle una cena para celebrar la victoria.

—Mañana, Brian. No podía rechazar una invitación tan caballerosa de Timothy, después de haberle visto perder con tanta deportividad una prueba como esta.

—Sí, lo comprendo —dijo apagadamente Fox—. Después de todo, él es un caballero y un hombre elegante y distinguido...

—No diga eso, Brian —ella le puso una mano en el brazo—. Timothy es un buen vecino y un rival honesto, eso es todo. Y ahora que hemos logrado lo que tanto buscábamos, amigo mío, ¿qué

piensa hacer?

—Emborracharme, Jennie. Emborracharme —dijo bruscamente Fox, alejándose de ella con decisión.

La joven le miró, sorprendida. Luego se encaminó, pensativa, adonde estaban cargando ya a «Boomerang» en su vehículo especial, con remolque adecuado para un caballo, de regreso a casa. Felicitó una vez más a Haymes, que atendía sudoroso a una entrevista para la televisión, y se acercó a su tío rodeado igualmente de personas que le colmaban de elogios y de enhorabuenas.

Al ver a su sobrina se deshizo de todos ellos cortésmente, la tomó del brazo y fue con ella aparte. Su rostro aparecía radiante, iluminado por una sonrisa feliz.

—¿Sabes las últimas noticias, querida?

—¿Qué noticias? —demandó ella—. Creí que solo era noticia el Derby…

—Y así es, Jennie. Pero también es noticia ya que la policía encontró a la tal Mildred. Resultó ser, como Haymes sospechosa, la esposa de ese Murray, el *jockey* del coronel, disfrazada con una buena peluca y lentillas azules. Han arrestado a Trevor Murray apenas terminó la carrera. Ahora depende de lo que él diga para arrestar también al coronel Munro por los cargos de rapto e intento de drogar a un caballo de competición. Veremos lo que resulta de todo eso. Pero he visto al coronel por ahí, bastante abatido y preocupado. De todos modos, no me preocupa ya lo que le ocurra. «Boomerang» ha demostrado ser capaz de ganar a cualquiera.

—Aun así, debemos preocuparnos de gente como el coronel —dijo Jennie, frunciendo el ceño—. Recuerda lo ocurrido aquella noche lo de la cuadra incendiada. Aún no se ha sabido quién intentó abrasar a todos nuestros caballos. Pudo ser también cosa del coronel.

—Si fue así la policía lo descubrirá, no te quepa duda —suspiró Silas Haversham—. Bien, querida sobrina, gracias a ti y a tu pura sangre australiano he vuelto a la vida. Estos miles de libras ganados hoy con el premio y las apuestas más la cotización actual de «Boomerang» tras ganar el Derby de Ascott, me permiten salir de la ruina e iniciar una nueva etapa cuando ya lo creía todo perdido. Te lo debo a ti, Jennie querida.

—No, a mí no, tío; a «Boomerang» solamente. Y a los hombres

que le han convertido en lo que es: un campeón de verdad. Haymes, Fox...

—Ah, por cierto, ¿dónde está Brian? Quería hablar con él...

—Se ha ido bastante serio, tío. Creo que piensa emborracharse.

—Oh, no. ¿Por qué motivo?

—Supongo que para celebrar el éxito a su modo. O tal vez porque yo voy a cenar con Timothy y eso no le gustó demasiado...

—Vaya, vaya —rio Silas maliciosamente—. Celos, ¿eh? Mi bella sobrinita, entre el amor de dos hombres guapos y arrogantes...

—Vamos, vamos, tío, no digas tonterías —se irritó ella, dando un taconazo—. No me gusta que...

En ese momento, un agente uniformado se aproximó a ellos, saludándoles respetuoso. Silas Haversham le miró, intrigado.

—¿Alguna novedad, agente? —se interesó.

—Sí, señor. Y creo que le interesará saberlo: el *jockey* Trevor Murray ha confesado. Él y su mujer, de mutuo acuerdo, llevaron a su preparador a una trampa, y luego le encerraron en una furgoneta robada, disponiéndose a drogar a su caballo «Boomerang» para que perdiese la carrera. Lo hicieron por encargo del coronel Aubrey Munro, que va a ser arrestado de inmediato.

—Bien, agente, no sabe la alegría que me da al poner todo eso en claro.

—Otra cosa aún, señor.

—¿Sí? —se sorprendió Silas.

—Es respecto a alguien de su propia cuadra y no es agradable... —vaciló el policía.

—¿De mi cuadra? Adelante, agente, por favor. Diga lo que sea.

—Bien, señor Haversham —el policía se atusó su rojizo bigote—. Se trata del señor Brian Fox, su entrenador. Ya no tiene título de tal. Lo perdió al provocar la muerte de un caballo en la pista por haberlo entrenado siendo un alcohólico y cometer varios errores graves en la preparación de una carrera... Me temo que va a ser denunciado a las autoridades deportivas para su inhabilitación definitiva. Lo hemos sabido también por el *jockey* Trevor Murray, señor. De veras lamento darle esa noticia en estos momentos de natural euforia...

* * *

—De modo que van a intentarlo de nuevo…

—Sí, Timothy. Este puede ser el gran triunfo de «Boomerang», el inicio auténtico de su carrera de campeón.

—Eso ya ha empezado sobradamente, con su triunfo en Ascott…

—Se refrendará en Epsom. Al Gran Derby asistirá la reina Será una gran fiesta. ¿Se imagina lo que sería si ganase nuestro «Boomerang»?

—Bueno, recuerde que yo también aspiro a ganar —sonrió Dalton, mirando a su compañera de cena sentada en el lado opuesto de la mesa—. Seré de nuevo su adversario en Epsom. Y «Empire» está en buena forma…

—En inmejorable forma, diría yo —le respondió ella, también con una sonrisa—. Es el enemigo a batir, ahora que la cuadra con los colores de Aubrey Munro ha quedado descalificada para participar en carrera alguna… Me pregunto qué pudo pasarle a ese hombre para llegar a cometer tales barbaridades: un incendio, un secuestro, un intento de drogar a un caballo antes de la carrera… Parece imposible, Jennie, que el afán de victoria en una simple carrera de caballos lleve a un hombre a tales extremos.

—El mundo de las competiciones, Timothy, sea el de las carreras de caballos, o el de los automóviles de Fórmula 1, está lleno de intrigas, pasiones y extraños rencores y ambiciones. No todo es hermoso, no todo lo que vemos relucir en el espectáculo es realmente lo que existe. Debajo de esa bella máscara se mueve un mundillo de corrupción, de intereses y de bajos instintos.

—Es posible que tenga razón —suspiró Timothy, enjugándose los labios con la servilleta y dejando esta en la mesa—. ¿Qué le parece? ¿Bailamos?

—Como quiera, Timothy —asintió ella dulcemente.

Bailaron ambos jóvenes, estrechamente enlazados, al ritmo de la suave música de aquel restaurante acogedor, situado no lejos de Ascott, en las proximidades de una estación de gasolina. Se movieron por la pista, en la suave penumbra, mientras la música bailable sonaba tenuemente y las escasas parejas presentes en la sala imitaban poco a poco a los dos amigos y competidores.

Cuando regresaron a la mesa, Timothy sirvió dos copas de champaña. Alzó la suya y brindó, con expresión risueña, fija su mirada en Jennie.

—Por usted, Jennie Haversham. Y por el triunfo en Epsom para el mejor...

—Por los dos. Y por quien gane ese día —respondió ella, entrechocando ambas copas.

Bebieron. Al dejar su copa, Timothy seguía mirándola.

Pareció vacilar. Luego tomó valor y le hizo la pregunta que le resultaba difícil formular:

—¿Va a quedarse aún mucho tiempo en Inglaterra, Jennie?

—Al menos hasta el Derby de Epsom —asintió ella—. Luego... no sé.

—Australia, supongo.

—Quizá. He traído a mí tío un soplo de nueva vida. No sé qué hacer. Mi vida está allí, pero...

—Pero... ¿qué, Jennie? ¿Por qué no se queda? Su vida podría estar realmente aquí.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ella, pestañeando levemente.

—Que yo... yo podría... pedirle que se casara conmigo, Jennie.

—¿Eh? —abrió mucho sus ojos la joven, sorprendida por la proposición—. ¿Casarme con usted?

—¿Por qué no? Ambos somos jóvenes, vecinos, amigos, competidores... Seamos una sola fuerza, Jennie. Unamos nuestros destinos en la vida y en las carreras. Al diablo los caballos, mejor dicho. Usted y yo somos los que contamos. Estoy locamente enamorado de usted desde que la vi, desde su llegada de Australia...

—Por favor, Timothy, no siga —suplicó ella poniendo una mano sobre la de él—. No siga, se lo suplico. Es mejor dejarlo así por el momento. Hablemos de todo eso después de Epsom, ¿quiere?

—¿Antepone su caballo, su afán de victoria, a todo lo demás? —se dolió él.

—No, no es eso. Deje que lo piense, que reflexione sobre ello con calma. Entonces, más serenamente ya... podré responderle.

—Está bien. Como quiera, Jennie. Sus deseos son órdenes para mí —el joven propietario puso un gesto de circunstancias Luego sonrió, algo forzado, y levantó de nuevo la copa—. Brindemos de nuevo, Jennie. Ahora por ese día no lejano, en que haya quedado ya atrás el Derby. Por ese día... y por su respuesta, sea cual sea.

—Por ese día, Timothy —sonrió ella, agradecida, levantando su copa también.

Bebieron en silencio. La puerta del restaurante se abrió. Un policía de uniforme entró. Miró a todas partes. Al descubrir a Jennie y su compañero avanzó hasta ellos. Les dejó beber. Carraspeó, al notar que no advertían su presencia. Timothy giró la cabeza y le contempló, ceñudo. Jennie, también con gesto de sorpresa, estudió al policía.

—¿Qué ocurre, agente? —quiso saber Dalton—. ¿Acaso he aparcado mal? Pensé que...

—No, no es eso, señor —rechazó el policía—. Busco a la señorita Haversham, de parte del constable Smithers...

—Adelante, por favor —le invitó ella—. ¿Algo nuevo relacionado con el coronel o con... con Brian Fox, nuestro entrenador?

—En cierto modo, señorita. Pero no es lo que imagina. Me temo que sea algo peor que todo eso —vaciló el policía de uniforme, rascándose la barbilla.

—Me alarma usted —Jennie se puso en pie—. ¿Qué sucede ahora?

—Su caballo, señorita...

—¿Mi caballo? —ella palideció intensamente de pronto—. ¿Qué ocurre con mi caballo? Hable de una vez, por Dios.

—Me temo que... ha desaparecido.

—¡Desaparecido! ¿Cómo? —murmuró con voz quebrada—. No es posible, agente. Yo... yo misma le vi encajonar esta tarde en el remolque para ser devuelto a las cuadras en Dartmoor. Y el señor Fox cuidaba de él en esos momentos. Iba a viajar con el caballo.

—Pues el caballo no aparece. El remolque ha sido encontrado en una zanja de la carretera, volcado. El animal no estaba allí. La puerta del remolque había sido abierta y sin forzarla. Poco después, el señor Fox ha sido detenido estando ebrio... Llevaba en su bolsillo dos mil quinientas libras en billetes. Demasiado dinero para un simple entrenador, supongo. No ha sabido decir de dónde le llegó ese dinero. Asegura que no es suyo... y que alguien le embriagó a la fuerza. Ha sido arrestado, acusado de complicidad en el secuestro de su caballo, señorita Haversham...

CAPÍTULO X

Brian Fox miró fijamente a los dos agentes que le vigilaban en la pequeña comisaría de Ascott. El constable y otros varios agentes buscaban por doquier al desaparecido «Boomerang». Otro agente había ido en busca de Jennie Haversham.

—Lo juro —repitió sordamente, luchando contra su mente, entorpecida por el alcohol—. Lo juraré mil veces, agentes. Están ustedes en un error, en un maldito error. Yo no robé ese caballo. No ayudé a robarlo.

—No, claro —dijo un policía con sarcasmo—. Tampoco se bebió una botella de *whisky* por lo menos. Le ayudaron a ello, ¿no es cierto?

Ambos agentes rieron mientras Fox maldecía entre dientes, sintiendo la sequedad terrible de su boca, la torpeza que inevitablemente le producía en estos momentos el alcohol ingerido. Miró con auténtica ira a sus vigilantes.

—Son ustedes dos imbéciles —se exasperó—. Claro que me obligaron a beber. Juré que no bebería nunca más cuando me encontraron ebrio antes y me informaron de que no podía entrenar a ningún caballo más en mi vida, y sería expedientado por haber entrenado ilegalmente a «Boomerang». Pero cuando llevaba ese caballo a Dartmoor, ocurrió algo...

Los policías no le hicieron caso. Se pusieron a charlar entre ellos de fútbol, dándole la espalda. Fox se mordió los labios y las palabras, contemplándose con viva ira las esposas que se ajustaban a sus muñecas.

Recordó lo sucedido durante el viaje con el remolque donde viajaba «Boomerang». Sentado junto al chófer del vehículo, charlando con él trivialmente, pensando en sus propios problemas, en el obligado y doloroso final de su trabajo para los Haversham al haber sido descubierto su pasado, su inhabilitación para entrenar de nuevo tras la última tragedia provocada por su irresponsabilidad. Entonces se había jurado no probar nunca más un solo trago de

alcohol. Pero había vuelto a caer en el error. Y eso no se repetiría ya jamás. Aunque ahora poco importaba eso perdida para siempre la oportunidad de seguir entrenando a «Boomerang» para hacer de él un campeón.

Y entonces, alguien les había detenido en el camino. Un coche accidentado, al parecer pidiendo ayuda su conductor. Bajaron del coche. Es todo lo que recordaba. Alguien, posiblemente el propio chófer del coche y el remolque, le golpeó por la espalda. Cuando volvió en sí estaba en la cuneta apestando a *whisky*, con sus ropas empapadas de licor y sintiendo una dosis enorme de alcohol dentro de su cuerpo. Alguien le había hecho engullir por la fuerza, durante su inconsciencia, aquella bebida que le convertía en una piltrafa. Y no solo eso. Dos mil quinientas libras, en sus bolsillos, fueron halladas por el policía que le encontró. Dinero que él no poseía. Todas las pruebas dispuestas contra él.

«Boomerang» desaparecido.

Secuestrado. Acaso muerto para no ganar más carreras. O conservado como rehén para pedir un sustancioso rescate. Todo era posible.

Nadie iba a creer su historia. Sería encarcelado, acusado de complicidad en el delito. Era el fin de todo. Por segunda vez en poco tiempo, una sucia trampa se cerraba sobre su cabeza.

De repente se dejó caer en el suelo de la celda. Emitió un terrible alarido, aferró el vientre con sus esposadas manos y comenzó a revolcarse violentamente con fuertes espasmos. La boca se le llenó de espuma.

Alarmados, los dos agentes de servicio se volvieron hacia él. Luego se miraron entre sí, inquietos.

—Algo le ocurre a ese tipo… —musitó uno.

—Parece en crisis. Demasiado alcohol, diría yo… —convino el otro.

—Eh, ve a avisar al médico —se apresuró el primero, corriendo a la celda—. Yo le atenderé mientras tanto… No quisiera que se nos muriese aquí.

Su compañero asintió corriendo al teléfono para avisar a un doctor inmediatamente. El otro policía se precipitó a la celda y abrió la puerta, inclinándose sobre el hombre que parecía presa de tan horribles dolores.

Apenas se hubo inclinado sobre él, Brian Fox dejó de gritar y revolcarse, aferró el cuello del policía con sus manos esposadas y le estrelló la cabeza contra la pared, no sin antes hacerle caer el casco. El agente se tambaleó al borde de la inconsciencia. Fox se incorporó y le pegó con las manos y las esposas en la nuca derribándole como un fardo. Corrió luego hacia el teléfono. El otro agente, de espaldas a él, estaba llamando a un médico con urgencia. Fox tomó una de las porras que los agentes tenían colocadas en un soporte y la descargó secamente contra la cabeza del segundo policía. Este se desplomó sin exhalar siquiera un gemido.

Rápido, buscó entre sus llaves la de sus esposas. Cuando la halló fue tarea relativamente sencilla introducirla en la pequeña cerradura y soltar las pulseras de acero, que tiró lejos de sí.

Salió rápidamente de la comisaría y se perdió en la noche. Sabía que poco después todo el Condado estaría siendo removido por la policía para dar con su paradero.

* * *

—¿Alguna novedad, Jennie?

—Ninguna, tío Silas —suspiró ella moviendo negativamente la cabeza y dejando a un lado el periódico con gesto de amargura—. No han encontrado el menor rastro de «Boomerang» o de sus captores.

—¿Y… de Brian Fox? —preguntó débilmente Haversham.

—Tampoco. Es como si a los dos se los hubiera tragado la tierra, tío.

—Ya —Silas dejó vagar su mirada tristemente por los muros de su casa—. Era demasiado bueno todo para durar, sobrina querida. Nunca recuperaremos a «Boomerang». Todo se habrá perdido para nosotros…

—No hables así, tío. Tengo fe en que volverá. Mucha fe, tío…

Pero las lágrimas se agolpaban amargamente en sus ojos, pugnando por brotar pese a sus esfuerzos. Dos de ellas rodaron lenta, silenciosamente por sus mejillas. Bajó la joven la mirada. Su tío había advertido todo eso.

—Maldito Fox… —jadeó—. Y confiar tanto en él para esto…

—Tío, aún no está probado que fuese culpable.

—¿Qué más pruebas necesitas? Iba con «Boomerang» cuando fue robado. Le hallaron ebrio y con mucho dinero que no era suyo. Luego escapa de la comisaría atacando a dos policías. Ahora nadie sabe dónde está. No lejos de «Boomerang», seguramente.

—Tío, también había un chófer del vehículo que llevaba al caballo y tampoco ha aparecido. Pudo tener razón Brian en su historia…

—Vamos, vamos, Jennie, ¿por qué tratas de engañarte a ti misma? Fox preparó bien a «Boomerang», de acuerdo. Pero en su propio beneficio. Hizo de él un campeón de cuerpo entero… y luego se quedó con él. En cualquier momento recibiremos un mensaje pidiendo un rescate elevado por nuestro querido animal.

—Han pasado ya ocho días y ese mensaje no ha llegado, tío. ¿A qué esperan para hacernos saber que «Boomerang» vive?

—No lo sé. Pero algo hay bien cierto: mañana vence el plazo de inscripción para la prueba de Epsom. Y aún no tenemos a «Boomerang»…

—No importa —suspiró ella—. Ya le he inscrito oficialmente, tío.

—¿Qué lo has inscrito? —se exaltó Silas Haversham—. ¿Para qué? No volverá. No podrá correr esa prueba… Es una completa locura, Jennie. Algo sin sentido. Gastar un dinero de inscripción totalmente inútil…

—Aún queda tiempo, tío. Aún puede ocurrir un milagro.

—Ya te dije que yo no creo en los milagros. Hubo un momento en que pareció posible que viviéramos uno. Pero era demasiado hermoso para durar. No, Jennie. Los milagros nunca se producen en los hipódromos.

Jennie no dijo nada. Salió al porche. Contempló las ennegrecidas ruinas de la vieja cuadra, los pastos jugosos, la pista de entrenamientos, ahora vacía. Inclinó la cabeza. Un temblor leve agitó su bello cuerpo. La policía sostenía de nuevo la teoría de que Fox incendió aquella noche el establo para entrar a trabajar con los Haversham y ganarse su confianza, dado que el coronel Munro, ahora descalificado para toda carrera, había insistido en negar su participación en tal suceso.

—No puede ser cierto… —musitó Jennie—. Brian no puede ser un mal hombre pese a sus errores en el pasado. No puede ser así.

Abatida echó a andar por el prado, cabizbaja, evocando cada feliz momento vivido desde que «Boomerang» ganase la carrera de los Yermos. Como decía su tío todo eso parecía haber terminado ya definitivamente para ellos.

Faltaba tan poco tiempo para el Gran Derby de Epsom...

Y «Boomerang» no tenía trazas de ser hallado jamás.

* * *

La reina acababa de entrar en el hipódromo, engalanado para tan magna ocasión.

El día era nuboso, pero agradable. Durante un rato el sol había lucido como queriendo asomarse al mundillo brillante y aristocrático de la gran carrera. Luego volvió a ocultarse tras el gris celaje británico y la carrera iba a desarrollarse sin duda con cielo nublado y una leve brisa húmeda que no molestaría a caballos ni jinetes.

—Lo siento, señorita Haversham —decía uno de los comisarios de carrera a la joven mirando su reloj con impaciencia—. Si dentro de quince minutos no aparece su caballo «Boomerang», el número 10, será invalidada su participación en el Derby de modo definitivo.

—Estoy segura de que llegará a tiempo. Se lo ruego, un momento más... —pidió ella con voz ronca.

El comisario vaciló. Cambió una mirada de incertidumbre con Timothy Dalton que se hallaba junto a Jennie, impecable con su chaqué gris y su sombrero de copa del mismo color a la espera de la gran prueba en que competía su caballo, el gran favorito «Empire» para todos el más capacitado para ganar la carrera.

—Atienda a la señorita Haversham —apoyó Dalton—. Después de todo es reglamentario aún esperar.

—Está bien —suspiró el comisario—. Pero solo quince minutos, recuerde. Ni uno más.

—Gracias, comisario —sonrió tristemente ella—. Lo recordaré.

Se alejó el hombre reuniéndose con otros muchos miembros de la organización cuyas miradas, inevitablemente, estaban fijas en Jennie o en el *box* vacío que correspondía a «Boomerang» y que no tenía trazas de ocuparse. Bruscamente, Percy Haymes se quitó su gorra y tiró el corto látigo dirigiéndose resueltamente a su patrona.

—Lo siento, señorita Haversham —dijo con decisión—. Renuncio.

—¿Qué? —ella le miró sin comprender.

—No tiene sentido. Soy el hazmerreír de toda la profesión esperando aquí, uniformado, a que llegue un caballo que nunca vendrá. Acabo de recibir dos ofertas para montar caballos de los McDougall o de los Williamson. Decidiré de inmediato.

—¿Quiere decir que nos deja definitivamente?

—Así es, señorita. Lo lamento mucho, pero no quiero pasar más ridículo. Su caballo nunca vendrá y usted lo sabe. No estaré aquí cuando el comisario anuncie la anulación de «Boomerang» como participante para ver reír a mis colegas y compañeros.

—Hace mal, Haymes. No tome esa decisión. «Boomerang» vendrá, estoy segura.

—Solo usted lo está, señorita Haversham, entre cuantos se hallan hoy aquí presentes —dijo Haymes con disgusto—. Ni siquiera Su Majestad espera ver correr hoy a «Boomerang».

Y se alejó resueltamente para informar a los comisarios de que abandonaba la prueba y no asistiría al pesaje de los jinetes.

Jennie estaba pálida. Alzó la cabeza. Timothy Dalton la contemplaba, triste y preocupado el semblante. Puso una mano firme sobre el brazo de ella.

—Debes calmarte —murmuró—. Me admira tu fe. Pero no puedes culpar a Haymes de eso. Él no cree que «Boomerang» llegue.

—Ni tú tampoco, ¿verdad? —sonrió ella, forzada.

—La verdad, no creo que eso ocurra. No sé por qué te ha entrado esa obstinada idea, pero la policía ya me explicó personalmente cuando llegué a Epsom hoy que no hay la menor posibilidad de que «Boomerang» pueda correr esta prueba. No tienen ni la menor idea de su paradero, Jennie.

Ella no contestó. Dirigió una mirada al palco principal engalanado para recibir a la reina. Una multitud expectante llenaba el recinto deportivo. Ella sabía que todos, incluso Su Majestad, estarían pendientes en estos momentos de la hipotética llegada de «Boomerang», el gran favorito ausente, al hipódromo de Epsom.

Hubiera querido decirle a Dalton la verdad. Hablarle del papel doblado que llevaba consigo en estos momentos como una última esperanza, como un remoto aunque quizás inútil resquicio a

mantener la fe y a esperar. Pero el mismo texto de ese papel, con su oscuridad enigmática, la obligaba a guardar silencio aun a su pesar:

Tenga fe, Jennie. «Boomerang» llegará a tiempo a Epsom. Correrá la prueba. No hable a nadie de esto.

Absolutamente a nadie. Pero mantenga su inscripción hasta el último minuto.

Un amigo.

No sabía quién podía ser ese amigo. Pero quería confiar en ese mensaje misterioso. Quería creer que era cierto y no una broma de mal gusto o una falsa esperanza.

Pero ya empezaba a ser todo inútil. Incluso su *jockey* les había abandonado. Aunque apareciese «Boomerang», nadie iba a montarlo para competir.

Se dispuso a ir hacia el comisario para solicitar la anulación definitiva para el número 10 de la carrera. Tristemente miró a Dalton que trataba de darle ánimos.

—Creo que todos tenéis razón —dijo con voz ronca—. Voy a solicitar que den por no presentado a «Boomerang».

—Será lo mejor, Jennie —asintió Dalton, sombrío el gesto—. De todos modos, Jennie, después de esta prueba, la gane quien la gane... ¿tendré tu respuesta?

—Sí, Timothy —asintió ella—. Tendrás mi respuesta.

Se alejó hacia los comisarios de carrera. Todo había terminado ya.

—¿Sí, señorita Haversham? —preguntó uno de ellos, cortés, imaginando a lo que venía.

—Creo que ha llegado el momento de informarles que...

Jennie se detuvo. Incrédula, clavó la mirada en la puerta de entrada a los *boxes*, donde un repentino revuelo acogía la llegada de alguien. Los policías se apresuraron a apartar a curiosos y periodistas abriendo paso a un hombre que, resueltamente, llegaba conduciendo por la brida a un inconfundible animal color café brillante de orgullosa crin y finos remos.

—¡«Boomerang»! —gritó ella con intensa emoción—. ¡Eres tú...!

Timothy Dalton giró la cabeza con sobresalto en dirección a la entrada. Palideció intensamente. Brian Fox traía por la brida a «Boomerang». Aún era tiempo de correr. El plazo no había terminado.

—Cielos, no —jadeó Dalton—. No es posible...

Brian Fox venía sonriente. Sorprendentemente, los policías no hacían nada por arrestarle. Avanzó decidido a través de todo el mundo hasta detenerse ante Jennie. Le mostró a su caballo.

—Aquí lo tiene, Jennie —dijo orgullosamente—. Se lo prometí. He cumplido.

—Dios mío, Brian, fue usted quien me envió esa nota.

—Sí. Veo que tuvo fe en mí.

—¿De qué ha servido ya? Solo la alegría de ver sano y salvo a «Boomerang». Pero ya no puede correr la prueba...

—¿Por qué no? ¿Está descalificado acaso? —preguntó Fox a los comisarios.

—No es eso, Brian —negó ella—. Es que... Haymes ha renunciado. No tiene *jockey*.

—Eso tiene arreglo legal —replicó Fox—. En ausencia del *jockey* oficial de un caballo, nada se opone a que su propietaria lo monte.

—¿Yo? —pestañeó ella—. Pero no sé si puedo conducirlo...

—Claro que lo hará —sonrió Fox, confiado—. Me ha contado muchas veces cómo le hacía correr en Australia. Hágalo igual, Jennie. Está bien entrenado. Y en el tiempo de su cautiverio, por fortuna, no dejó de correr entrenado por alguien.

—¿Dónde estaba encerrado, Brian? ¿Quién lo robó?

—Esas respuestas las tendrá al acabar la carrera —los ojos de Fox se dirigieron glaciales hacia Dalton, que estaba lívido—. Ahora es mejor celebrar el Derby... y que gane el mejor. Sin ventajas.

—Señorita Haversham, vístase con los colores de su cuadra si va a montar a su caballo —invitó uno de los comisarios—. Y vaya al acto de pesaje dentro de cinco minutos exactamente o quedará descalificada.

—¡Sí, sí, enseguida! —apresuróse a decir ella palmeando a su querido caballo y corriendo a arreglarse.

Brian Fox se acercó a Dalton. Este retrocedió dos pasos. Pero dos agentes uniformados le sujetaron impidiéndole caminar más.

—Bien, señor Dalton —habló lentamente Fox—. ¿Cómo explicará ahora a la policía que «Boomerang» estuviese encerrado en su propia finca entrenándose en una pista de carreras que nunca utiliza para sus caballos, lejos de la vista de todo el mundo?

—¡Miente! —rugió Dalton—. ¡Usted raptó al animal y ahora

pretende convertirse en héroe!

—No le servirán de nada esta vez sus mentiras, Dalton. La policía estaba presente cuando hallé a «Boomerang». Les avisé a ellos previamente para que fuesen testigos de todo. Solo usted podía desear anular a ese caballo para ganar el Derby. Cuando sospeché eso, me fue fácil sospechar también que había ordenado incendiar los establos de los Haversham aquella noche mientras cenaba con ellos. Sus esbirros son capaces de todo, señor Dalton. Y usted también cuando su mayor ambición en la vida es triunfar, ser el ganador. Lo siento. Esta vez será el perdedor en todos los sentidos. Porque su caballo va a correr, pese a todo. No quiero ventajas, ya le dije antes… Por eso Jennie no sabrá, hasta cruzar la meta con «Boomerang», que usted era el canalla que quiso evitar su gran triunfo. Si ha de ganar que gane por méritos propios. Sé que puede hacerlo y lo hará. Pero usted no va a presenciar su fracaso esta vez, señor Dalton.

Los agentes se llevaron a Timothy Dalton sin más. Brian Fox giró la cabeza siguiéndole con la mirada. Y se encontró con la de Silas Haversham. Aún asomaba el asombro al rostro del propietario de la cuadra.

—Dios mío… —gimió—. Era Dalton… Y Jennie tenía que responderle hoy a una petición de matrimonio…

—Me temo que ya no pueda hacerlo —sonrió Fox.

—Es igual —suspiró Silas—. Iba a decirle que no. ¡Oh! Brian, ¿podrá perdonar que no haya tenido fe en usted? En cambio, Jennie siempre le defendió, siempre confió.

—Está todo olvidado, señor Haversham. Me hace feliz que ella sí confiara en mí. De todos modos no soy un santo. Debo ser juzgado por golpear a dos agentes si ellos presentan denuncia. Y por escapar de una celda de Ascott. Pero también hubo unos policías que confiaron en mí. Por eso «Boomerang» ha regresado a tiempo. A tiempo para ganar.

—¿Usted cree, Brian? —dudó Haversham.

—No lo dude nunca. «Boomerang» ganará, señor Haversham. Ganaré este Derby.

Brian Fox tuvo razón una vez más.

«Boomerang» ganó el Derby bien montado por su propietaria. «Empire» fue vencido en la recta final con una facilidad que nadie

esperaba. Casi tres largos de ventaja le sacó al cruzar la meta destacado.

La reina impuso la cinta azul del Gran Derby de Epsom a «Boomerang» y a la cuadra de los Haversham. El sueño dorado de Silas Haversham era realidad.

Y Jennie, cuando todo hubo pasado, cuando supo la verdad de los hechos, solo tuvo una reacción: romper a llorar, emocionada... y abrazarse fuertemente a Brian Fox, el hombre que había hecho de «Boomerang» un auténtico campeón.

Pero también el hombre que la hacía sentirse segura, llena de fe. Y que al tenerla en sus brazos, la hizo sentir todavía más. Mucho más.

FIN



EDICIONES CERES, S. A.

Apartado de Correos, 9.142 Barcelona

Precio en España: 60 ptas.

IMPRESO EN ESPAÑA. PRINTED IN SPAIN